

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO LV



C. S. I. C.  
**2015**  
MADRID

*Anales del Instituto de Estudios Madrileños* publica ininterrumpidamente desde 1966 un volumen anual dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Economía, sociedad y biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes.

Los autores o editores de trabajos relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la Secretaría del Instituto, calle de Albasanz, 26-28, despacho 2F10, 28037-Madrid, ajustándose a las normas para autores publicadas en el presente número de la revista. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, contando con el concurso de especialistas externos.

#### DIRECCIÓN

Presidenta del Instituto de Estudios Madrileños: M<sup>a</sup> Teresa Fernández Talaya

#### CONSEJO ASESOR:

M<sup>a</sup> Teresa FERNÁNDEZ TALAYA (IEM)  
Rosa BASANTE POL (UCM)  
Carlos GONZÁLEZ ESTEBAN (Ayuntamiento de Madrid)  
Carmen CAYETANO MARTÍN (Archivo de la Villa)  
Enrique de AGUINAGA LÓPEZ (Cronistas de la Villa)  
Francisco José PORTELA SANDOVAL (UCM) (†)  
Alfredo ALVAR EZQUERRA (C.S.I.C.)  
Carmen SIMÓN PALMER (C.S.I.C.)  
Antonio BONET CORREA (Real Academia de Bellas Artes)  
Fernando de TERÁN TROYANO (Real Academia de Bellas Artes)  
Miguel Ángel LADERO QUESADA (Real Academia de Bellas Artes)

#### CONSEJO DE REDACCIÓN:

M<sup>a</sup> Teresa FERNÁNDEZ TALAYA (IEM)  
Carlos GONZÁLEZ ESTEBAN (Ayuntamiento de Madrid)  
Ana LUENGO AÑÓN (Universidad Politécnica de Madrid)  
Carlos SAGUAR QUER (Fundación Lázaro Galdiano)  
Carmen MANSO PORTO (Dpto. Cartografía Real Academia de la Historia)  
José Bonifacio BERMEJO MARTÍ (Ayuntamiento de Madrid)  
M<sup>a</sup> Pilar GONZÁLEZ YANCI (UNED)

La revista *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* está recogida, entre otras, en las siguientes bases de datos bibliográficas y sistemas de información:

- HISTORICAL ABSTRACTS ([HTTP://WWW.EBSCOHOST.COM/ACADEMIC/HISTORICAL-ABSTRACTS](http://www.ebscohost.com/academic/historical-abstracts))
- DIALNET (Portal de difusión de la producción científica hispana, <http://dialnet.unirioja.es>)
- LATINDEX Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (<http://www.caicyt-conicet.gov.ar/latindex/>)

#### ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA:

Edificio Carabanchel 24 proyectado por D. Rafael Cañizares Torquemada y construido entre 2007 y 2010 por la Empresa Municipal de la Vivienda y Suelo de Madrid (EMVS) en la calle Catedral de Santiago de Compostela n<sup>o</sup> 10  
Fotografía cedida por la EMVS

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

**Anales del Instituto de Estudios Madrileños**  
**LV (2015)**

Memoria . . . . .	11-23
Apertura del curso 2015-2016 . . . . .	25-76
<b>Artículos</b>	
LUENGO AÑÓN, Ana <i>"Cada minuto te quiero más y deseo verte"...</i> <i>O sobre los avatares de un Hércules en España. . . . .</i>	79-101
MARIN TOVAR, Cristóbal <i>El proceso urbano-arquitectónico de las plazas de Santa Cruz y de la Provincia en Madrid . . . . .</i>	103-129
LOPEZ ORTEGA, Jesús <i>Sobre paisajes de la vida de José, David y Salomón: acerca de la decoración del cuarto de Carlos III en el Palacio Real de Madrid (1756-1771) . . . . .</i>	131-150
MERLOS ROMERO, María Magdalena <i>Schiller y Aranjuez: la abstracción del paisaje . . . . .</i>	151-176
CRUZ VALDOVINOS, José Manuel <i>Goya, los cuadros de gabinete de 1793 y la Comedia Nueva . . . . .</i>	177-213
HERVÁS LEÓN, Miguel <i>Luz sobre la quinta de Goya y sus pinturas negras . . . . .</i>	215-275
GUTIERREZ DÍAZ-BERNARDO, Esteban <i>Madrid, lo madrileño y los madrileños en la narrativa de Jacinto Octavio Picón . . . . .</i>	277-328

BUSTOS JUEZ, Carlota	
<i>Aproximación a la obra de Pedro Muguruza</i>	
<i>Otaño a través de tres mercados madrileños . . . . .</i>	329-347
Necrología . . . . .	349-354
Normas para autores. . . . .	355-358

Fe de erratas

En el artículo "La Museografía del Tesoro del Delfín en el Museo Nacional del Prado (1839-1982)" del tomo LIV de Anales del Instituto de Estudios Madrileños, correspondiente al año 2014, la autora ELENA VALERA FERNÁNDEZ aparece citada, por error, como Asesor Jurídico del Patrimonio Histórico y Cultural (pág.183) cuando sólo debería figurar como Historiadora del Arte.

# MADRID, LO MADRILEÑO Y LOS MADRILEÑOS EN LA NARRATIVA DE JACINTO OCTAVIO PICÓN

## MADRID, THE CITY AND ITS PEOPLE IN JACINTO OCTAVIO PICÓN'S NARRATIVE

Esteban GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO  
Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX

### Resumen

Jacinto Octavio Picón (Madrid, 1852-1923) es uno de los casos más notorios de escritores cuya fama póstuma ha quedado muy por debajo no solo del valor efectivo de su obra literaria, sino de la consideración que esta mereció en su tiempo. Contemplado desde Madrid, el olvido resulta especialmente cruel, pues Picón no solo es el único madrileño de entre los narradores de su generación, sino que la realidad madrileña ocupa en su producción un lugar muy señalado, como muestran las páginas que siguen.

### Abstract

Jacinto Octavio Picón (Madrid, 1852-1923) is one of the main writers whose posthumous recognition has remained not only well under the effective value of his literary work, but also below the consideration that his narrative deserved in his time. When contemplated from Madrid, this oblivion appears as particularly cruel, since Picón is not only the sole narrator from Madrid of his generation, but the Spanish capital's reality occupies a remarkable place in his work, as shown in the following pages.

**Palabras clave:** *Escritores olvidados – Jacinto Octavio Picón – Madrid en la literatura – Narradores madrileños – Narrativa de la Restauración – Literatura del siglo XIX*

**Key words:** *Forgotten writers – Jacinto Octavio Picón – Literary Madrid – Narrators from Madrid – Narrative in the Restoration – Literature in the 19th century*

No nos cansaremos de repetirlo: la posteridad no ha sido ecuaníme al valorar la figura y la obra del madrileño Jacinto Octavio Picón (1852-1923)<sup>1</sup>. Y si a poco que se conozca su labor literaria y crítica resulta difícil de entender esta postergación, mucho más lo es en su vertiente madrileña, pues Madrid ni siquiera ha honrado mínimamente su memoria dando su nombre a una calle, plaza, biblioteca, centro cultural...

Porque la obra de Picón no solo es madrileña por el origen y la vecindad del autor —recordemos además que don Jacinto es el único nacido en Madrid de los narradores de su generación—, sino por su contenido, imbuido absolutamente de la realidad madrileña, atendiendo tanto a los ambientes como a los personajes de sus novelas y cuentos: en Madrid transcurren, con mayor o menor presencia y amplitud, todas las novelas de Picón, las ocho que salieron de su pluma, y buena parte de sus cuentos, de los 126 cuentos que tenemos catalogados en su producción.

En este sentido, avancemos que, cantidades aparte, el contraste entre el tratamiento del mundo urbano y del mundo rural en nuestro autor resulta bien significativo. Mientras que Picón dibuja con nitidez el espacio madrileño, desdibuja absolutamente el espacio rural, lo que comprobamos a través de su misma nominación, que nunca es inventada en el caso de Madrid y lo es prácticamente siempre —y además con intención simbólica o alusiva— en el caso de los pueblos. Madrid siempre es Madrid, y sus calles, plazas, paseos, monumentos, teatros, cafés..., conservan su denominación y apariencia, en tanto que el pueblo es Valdelosfresnos, Hondonada, Robledilla del Barranco o Santa Cruz de Lugarejo, que, no hará falta indicarlo, no existen más que en la ficción.

Por lo demás, digamos que el peso de Madrid y lo madrileño en la obra de Picón va creciendo con el tiempo. Aparte sus ocho novelas, todas ellas situadas en Madrid, no se olvide, los cuentos van evolucionando en líneas generales en el sentido de ir alejándose progresivamente del cuento

---

(1) Bien es verdad que en los últimos años se apunta una recuperación, especialmente en su faceta de autor de cuentos, a la que hemos contribuido con nuestras ediciones de los *Cuentos completos* (Madrid, Fundación Universitaria Española, 2008) y *Después de la batalla y otros cuentos* (Madrid, Cátedra, 2011), y también con la serie *Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra*, actualmente en curso de publicación en los *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, de la que han aparecido hasta el momento cinco entregas en los números de 2009, 2010, 2012, 2014 y 2015. Sería injusto, sin embargo, no anotar aquí los trabajos pioneros de Gonzalo SOBEJANO, en su edición de *Dulce y sabrosa* (Madrid, Cátedra, 1976), y Noël VALIS, en su edición de *La hijastra del amor* (Barcelona, PPU, 1990) y su monografía *Jacinto Octavio Picón, novelista* (Barcelona, Anthropos, 1991). Para mayores precisiones en este aspecto, véase nuestro apartado final de Bibliografía.

*fabulístico* o tradicional —que por lo demás nunca fue abundante en el autor— para centrarse absolutamente en el cuento *novelístico* o moderno, y más concretamente en el cuento novelístico madrileño<sup>2</sup>.

## 1. MADRID Y LA REALIDAD MADRILEÑA

Comenzaremos por considerar, en esta primera parte, el espacio madrileño en la producción narrativa de nuestro autor, que examinaremos gradualmente desde los relatos en que su presencia es implícita hasta aquellos que reflejan con detalle preciso lugares reales de la ciudad. Continuaremos recogiendo algunas estampas, costumbres y tipos de Madrid recreados en los cuentos y novelas de don Jacinto, para pasar a reunir varias vistas o panoramas de la ciudad, o desde la ciudad, que se plasman a lo largo de su obra, y cerrar el apartado con algunas referencias de casas y barrios de la villa y corte<sup>3</sup>.

---

(2) Empleamos la distinción fundamental en su día acuñada por Sobejano y que tal vez no esté de más recordar aquí: «El cuento *fabulístico* (que es el tradicional, aunque experimente renovaciones en nuestros tiempos) transfigura el mito, ejemplo, maravilla o fantasía; expone una trama, por breve que sea, a través de la cual se logra trascender la realidad comunicando al lector un reconocimiento, una iluminación, una interpretación; y en él lo que más importa es la buena trama, el choque moral, el humor, el vuelo imaginativo y los primorosos efectos. En cambio, el cuento *novelístico* (que es el cuento moderno a partir de 1880 aproximadamente [...]) configura algo *de un mundo* (*una parte de mundo*) como impresión, fragmento, escena o testimonio; expone un mínimo de trama, si así puede llamarse, a través de la cual se alcanza una comprensión de la realidad, transmitiendo al lector la imagen de un retorno, una repetición, una apertura indefinida o una permanencia dentro del estado inicial; y en él lo que importa más es el reconocimiento de lo acostumbrado, la identificación con los personajes y la ampliación y refuerzo de nuestra capacidad de simpatía. Si llamo *fabulístico* al primer tipo es porque se aproxima a la *fábula* (conseja, parábola, apólogo, alegoría, milagro, leyenda, enigma, fantasía, maravilla), y si llamo *novelístico* al segundo tipo es porque se aproxima a la *novela* moderna, de la que viene a ser una sinécdoque (la parte por el todo), de donde su carácter partitivo (o participativo)». Citamos a SOBEJANO, Gonzalo, *Clarín en su obra ejemplar*, Madrid, Castalia, 1985, p. 88, en conceptos sobre los que abunda en «El cuento a la luz de la novela», estudio preliminar a ALAS, «CLARÍN», Leopoldo, *Cuentos*, edición de Ángeles EZAMA, Barcelona, Crítica, 1997, pp. IX-XXIV, más tarde reproducido en *Clarín crítico, Alas novelador (Catorce estudios)*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2007, pp. 289-311.

(3) Advertimos ya que citamos las obras de Picón modernizando la puntuación y el empleo de mayúsculas en algunas ocasiones en que nos parece necesario, y dando cada vez abreviatura, número de volumen en su caso y número de página entre paréntesis tras el texto o aludiendo a este, de acuerdo con la siguiente relación de abreviaturas y referencias bibliográficas:

L *Lázaro*. En *Lázaro. Juan Vulgar*, Madrid, Renacimiento, 1918, pp. 1-174 (*Obras completas*, VI).

LHDA *La hijastra del amor*, ed. de Noël VALIS, Barcelona, PPU, 1990.

JV *Juan Vulgar*. En *Lázaro. Juan Vulgar*, Madrid, Renacimiento, 1918, pp. 175-352 (*Obras completas*, VI).

EE *El enemigo*, Madrid, Renacimiento, 1921 (*Obras completas*, IX).

LH *La honrada*, Madrid, Renacimiento, 1924, 4.<sup>a</sup> ed. (*Obras completas*, II).

DS *Dulce y sabrosa*, ed. de Gonzalo SOBEJANO, Madrid, Cátedra, 1976.

JT *Juanita Tenorio*, Madrid, Renacimiento, 1922 (*Obras completas*, III).

S *Sacramento*, Madrid, Renacimiento, 1922 (*Obras completas*, V).

CC *Cuentos completos*, ed. crítica de Esteban GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2008, 2 vols.



## 1.1. Madrid como espacio implícito o genérico

En la parte inferior de la escala hallamos unos cuantos relatos en que la acción, o el marco en que esta se inscribe, se sitúa implícitamente en Madrid, de lo que tenemos evidencias indirectas relacionadas con los personajes, del tipo «vino a Madrid» (*El modelo*, CC I 77), «desapareció de Madrid» (*Redención*, CC II 126), «tuvo que pasar fuera de Madrid una temporada» (*El agua turbia*, CC I 396), triunfa en un teatro de Madrid (*La vocación de Rosa*, CC I 381), trabaja en un ministerio (*Candidato*, CC II 96; *El deber*, CC II 132; *Lo imprevisto*, CC II 185), presenta como relator del caso a un juez de un distrito de Madrid (*El deber*, CC II 130), la protagonista es madrileña (*Contigo pan y... pesetas*, CC I 399), Rosa y Manuel eran tan feos «que no los había semejantes en Madrid» (*El padre*, CC II 209), ponen casa en la capital (*El padre*, CC II 211), o ya la tienen puesta (*Escrúpulos*, CC II 153).

Con cierta frecuencia, Madrid aparece no ya implícita, sino genéricamente, en referencias desprovistas de concreciones. Así en la novela *Sacramento*, la última de las del autor: doña Sofía se quedará en Madrid (S 21); de Madrid saldrán los recién casados en viaje de novios (S 21); una fiesta de caridad a la que asistirán Consuelo y Gracia se celebrará en un jardín situado «en uno de los barrios nuevos de Madrid» (S 131); Sacramento y Sancho quedarán citados «en un paseo, lejos del centro», tras lo que «convinieron hora, sitio, y se separaron», sin más detalles (S 286).

Esta es por cierto, díganoslo ya, la única de las novelas del autor en que Madrid pesa muy poco en la acción —a la que tal vez podría añadirse *Lázaro*, en la medida en que se trata de una narración de interiores más que de exteriores—, en tanto que los cuentos de esta condición, por el contrario, resultan numerosos: *Los dos sistemas* (CC II 321-323), *Doña Georgia* (CC I 282-290), *Almas distintas* (CC II 245-249), *Sacramento* (CC II 78-83, que ahora es el relato corto y no la novela de este título), *Lo pasado* (CC II 330-339), *La Vistosa* (CC II 340-344), *La última confesión* (CC II 345-348), *Drama de familia* (CC II 349-356), *Rivales* (CC II 390-417), sitúan en Madrid los respectivos casos expuestos, lo que nos acerca a la idea de que buena parte de los narradores que se proyectan en los relatos cortos, sobre todo los referidos en primera persona, resultan ser madrileños. Como madrileños son los marcos en que se encuadran *Lo más excelso* (CC II 277-



281), *Boda de almas* (CC II 287-292) o *El guarda del monte* (CC II 297-301). «En cierto colegio monjil de las cercanías de Madrid» inicia su acción *La recompensa* (CC I 320); en tertulias madrileñas se desarrollan tanto *Filosofía* (CC I 344) como parcialmente *Modus vivendi* (CC II 69); don Luis fija su residencia en Madrid tras regresar de México (*Un sabio*, CC I 274); todo Madrid conoce a Julián (*Las coronas*, CC II 76); en Madrid estrena Jaime su obra (*Envidia*, CC I 427-431), y Carlos Mejía, el novio de Plácida, es «el mejor mozo que pisa las calles de Madrid» (*El ideal de Tarsila*, CC I 155). *Narración* (CC II 384-389) transcurre en París y Madrid, y sobre todo en el tren que une ambas ciudades. Y en *Cura de amores*, la mención de lugares madrileños no va más allá de «en una calleja excusada y en el momento de salir por la puerta trasera de una iglesia» (CC II 327, con subrayado nuestro).

En contra de lo que pudiera parecer de entrada, y viendo lo que veremos a continuación, la importancia de estos relatos madrileños sin datos o precisiones de lugar se revela indudable, puesto que vienen a hacer de la capital de España el espacio neutro, el grado cero del espacio en que transcurre la acción de los cuentos y novelas de Jacinto Octavio Picón.

## 1.2. Madrid como espacio preciso o detallado

No obstante, el espacio se concreta en no pocas de sus piezas narrativas a través de alguna referencia reconocible de la geografía urbana madrileña. Así, el teatro Real aparece, con mayor o menor presencia, en *La prudente* (CC I 162), *Caso de conciencia* (CC I 186), *El horno ajeno* (CC I 342), *Modesta* (CC II 159) y *Las lentejuelas* (CC II 198), y los teatros Español y de la Comedia, en *Moral al uso* (CC II 148), cuento que alude también al Retiro (CC II 146), donde se desarrollan en parte *Dichas humanas* (CC I 310) y *Los dos sistemas* (CC II 321). Asisten al Congreso personajes de *La hoja de parra* (CC II 91) y *Tentación* (CC II 252), mientras que otros sucesos o circunstancias del relato nos llevan a muy diversos lugares exteriores: las calles del Lobo (*Confesiones*, CC I 256), del Desengaño (*El gran impotente*, CC II 35), del Conde-Duque (*Cadena perpetua*, CC II 205), de Mendizábal (*Un crimen*, CC II 226) y de Segovia (*El socio*, CC I 300); las cuevas de Areneros (*Cadena perpetua*, CC II 205) y de la Vega (*La casa de lo pasado*, CC II 218); la plazuela de Santa Cruz (*El nieto*, CC II 56), la carrera de San

Francisco (*Modesta*, CC II 159), el puente de Segovia (*Un suicida*, CC I 424), el portillo de Valencia y la puerta de Toledo (*La casa de lo pasado*, CC II 218). La botillería de Pombo aparece en *Modesta* (CC II 161); el hospital de la Princesa, en *Cadena perpetua* (CC II 205); la iglesia de San José, con la mención de su doble entrada y salida por las calles de Alcalá y de las Torres, en *Lo ignorado* (CC II 237); mientras que en el barrio de Argüelles proyecta crear una *maison de santé* uno de los personajes de *Sacrificio* (CC I 438), y «más allá del Cristo de las Injurias» viven otros de *Dichas humanas* (CC I 312)<sup>4</sup>.

Estas referencias se multiplican aún, con profusión de detalles o precisiones espaciales, en muchos otros cuentos y casi todas sus novelas, en las que nos detendremos a continuación.

Así, *La hijastra del amor* comienza situando el lugar de la acción en una casa «entre el edificio de la Armería Real de Madrid y el murallón que se alzaba en lo alto de la Cuesta de la Vega» (*LHDA* 59). A esta casa, en la plaza de la Armería, se referirá el narrador en numerosas ocasiones, como cuando Martina, al marchar, eche a andar por la citada plaza y se vuelva a mirar la casa llegando a la esquina de la calle Mayor (*LHDA* 281). O antes, cuando Clara vea cómo engalanan a Luisa: «Luego el carruaje se llevaba a Luisa desde el pie de la escalera, desapareciendo unas veces por la plaza de Oriente, hacia la Moncloa, y otras por la calle Mayor, en dirección al Retiro» (*LHDA* 91-92).

Conocemos asimismo el domicilio de varios de los personajes. Rafaela, antes de casarse con Pablo, vivía en un «cuartito aboardingado de la calle de Amanuel» (*LHDA* 77). Eduardo Talvera, en una casa de huéspedes de la calle de las Veneras (*LHDA* 176), por más que pase «largos ratos en un rincón del café de Fornos pesando ventajas e inconvenientes» de casarse con Luisa (*LHDA* 126). Lorenzo Guadaira reside en el número 22 de la calle de Don Pedro, «un caserón antiguo de un solo piso con anchos huecos y fachada pintada de rojo, imitando ladrillo», sobre la cual asomaban «por cima del

---

(4) Para situar todas estas referencias de lugar, y las muchas que seguirán, vea el lector a FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel, *Guía de Madrid, manual del madrileño y del forastero*, Madrid, Imp. de Aribau y C.<sup>a</sup>, 1876, disponible en <https://archive.org/stream/guademadridmanu00rogooq#page/n4/mode/2up> (consultada a lo largo de enero y febrero de 2015), así como los numerosos libros del Madrid antiguo publicados por Ediciones La Librería, de Madrid, de los que nos permitimos recomendar los de Pedro de RÉPIDE, *Las calles de Madrid* (2007, 6.<sup>a</sup> ed.); Ángel del RÍO LÓPEZ, *Los viejos cafés de Madrid* (2009, 2.<sup>a</sup> ed.); y José del CORRAL, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XIX* (2001).

alero tres o cuatro bohardillas típicas del Madrid viejo, de esas en que nunca faltan ropas tendidas o cajoncitos con flores colocados sobre las tejas» (LHDA 264). En cuanto a Pascuala Jarilla, alias *la Pingos*, («mote que la pusieron en la calle de Embajadores», LHDA 287), «era conocida en las cercanías del Retiro desde mucho antes que naciese Clara», pues sus padres tuvieron en la calle del Cuervo una buñolería, «envaneciéndose de que aquel establecimiento fuera el primero de Madrid donde se despachó café a cuarto el vaso» (LHDA 284). Emparejada con *el Guripa* («banderillero de invierno y pillo madrileño de mala especie durante los doce meses del año», LHDA 285), sobre si estaban o no casados corrían hablillas «desde la calle de la Ruda hasta San Isidro el Real» (LHDA 284). Eso sí, «ni un solo año, mientras estuvo con el *Guripa*, dejó de bajar engalanada a la pradera el día del Santo, ni perdonó verbena, ni echó de menos los panecillos de San Antón, los buñuelos el día de Todos los Santos o el besugo de Nochebuena» (LHDA 285). «Él quedó manco a consecuencia de una cogida que sufrió en Corpa, hubo necesidad de amputarle dos dedos, y entonces, con el producto de un beneficio que le dieron, puso una prendería en la calle de Embajadores» (LHDA 285). Años después, «el *Guripa* se fue a Sevilla con una *diva flamenca* del café del Vapor» (LHDA 286) y Pascuala marchó del barrio, «yéndose a vivir a la calle del Noviciado» (LHDA 286).

Por su parte Clara, tras el suceso con Lorenzo Guadaira, se instala en «un entresuelo en el barrio de Argüelles, a lo último de la calle de Ferraz» (LHDA 359). Y el hermano de Valero, un conocido de Lorenzo, «se había casado con la mayor de dos hermanas, hijas de un señor viudo, muy rico, que tuvo en la plaza de la Leña un gran almacén de frutos coloniales» (LHDA 387).

No nos detenemos especialmente en ciertas menciones en la novela de la travesía de las Pozas (LHDA 297), la calle Ancha (LHDA 298), el teatro Real (LHDA 379), la Casa de la Villa (LHDA 399) y el Retiro (LHDA 412), para centrarnos en el episodio que precede al desenlace y en el que hallamos no pocas referencias de la topografía madrileña. El hecho es que Clara se entera por Perico y Dámasa de las andanzas de Sofía, la ahora esposa de su antiguo amante: algunas tardes va al Retiro, se apea por la Casa de Fieras y se ve allí con un caballero; va siempre a misa a las Calatravas, pero el domingo anterior la oyó en San José y salió por la puerta de la calle de las Torres, donde se encontró con el citado individuo. Cuando Clara se extraña de ello, Dámasa le

contará que ella había servido tiempo atrás a una señora que, para reunirse con su querido, le enviaba con un recado a la calle de Hermosilla sin darle dinero para el tranvía, viviendo ellas como vivían en la plaza del Cordón (LHDA 423). Clara acabará urdiendo una estratagema, para la que se sirve de Dámasa:

Tráeme el sombrero negro, el mejor, y escucha bien. Mira, son las doce y media. Ante todo, ve a buscar a Perico y dile que a las dos en punto me espere, sin falta, en la plaza de Oriente, junto a Palacio, que tengo que hablarle; y luego tú haces lo siguiente: después de ver a Perico, vas hacia la plaza de la Armería y te paras frente a la casa donde vivimos, a cierta distancia; te acuerdas, ¿verdad? Yo llegaré a las dos; tú no apartes la mirada del portal; está con mucho cuidado para verme salir; y, fíjate bien, si cuando yo salga llevo el pañuelo en la mano, inmediatamente toma un coche y ve al Casino; ya sabes, ¿eh?, aquella casa grande de la Carrera de San Jerónimo donde hay siempre tanto señor en la puerta; subes y haces que pasen al momento esta carta al señorito Lorenzo (LHDA 433).

Cuando hable con Perico, este la citará en la puerta de la calle de la Redondilla (LHDA 434). Clara, después de ver a Eduardo, ya en la plaza de la Armería, saca el pañuelo y Dámasa echa hacia la calle Mayor para dirigirse luego a la de la Redondilla, «llegando hasta cerca de la esquina de la de Don Pedro, donde se alzaba el muro del jardín de la casa de Lorenzo» (LHDA 441). Ya en el desenlace, Clara aguarda una noche en su casa el regreso de Lorenzo de la estación de Atocha. En la espera oye las doce en el reloj de la iglesia del Buen Suceso (LHDA 466), y, mucho después, cuando llega Lorenzo, las dos y media en este mismo reloj (LHDA 470).

Sin perjuicio de volver más adelante sobre esta novela, digamos que *Juan Vulgar* presenta también no pocas referencias madrileñas, muchas de ellas relacionadas con el enamoramiento del personaje que da título a la obra.

Así, encontramos a Juan paladeando su *aventura* mientras sube por la calle de Alcalá, cruza la de Cedaceros y entra en el café Suizo (JV 219). Cuenta a su amigo Pedro Urgell que se ha enamorado de María o Mariquita Volandas, que vive en la calle Ancha de San Bernardo —donde más tarde Juan la esperará alguna vez (JV 251)—, y afirma que ella había alentado sus pretensiones mirándole en el Retiro y dos o tres noches en el Circo de Rivas, y que la había seguido hasta la iglesia de las Calatravas (JV 226).

No obstante, la *aventura* no pasará a mayores, y Juan habrá de ver cómo María se casa con otro una mañana en la iglesia de San Sebastián, llegando «a la puerta del templo que da a la calle de Atocha» (JV 285) y saliendo «por el atrio que da a la plaza del Ángel» (JV 286).

Tras la boda de María, Juan caerá en una melancolía que le despierta la afición «a paseos largos hacia sitios poco frecuentados, optando siempre por los más solitarios» (JV 288):

Unas tardes, al salir del ministerio, bajaba por la calle de los Reyes, el paseo de San Vicente, la Virgen del Puerto, las rondas de Toledo y de Segovia, y volvía a entrar en Madrid por el portillo de Embajadores, atravesando calles y más calles hasta la del Nao, donde vivía; otras veces tomaba hacia los barrios altos, y por la plaza de Monteleón iba a dar con sus huesos en Chamberí para salir cerca del barrio de Salamanca, y durante todo el camino, a no ser que se distrajese con lo que hallaba al paso, iba saboreando su pasión de ánimo (JV 288-289).

*El enemigo* se inicia con la celebración de la Nochebuena de 1872 en la casa de los Resmilla, en la calle de Botoneras (EE 1), cerca de la plaza Mayor (EE 3) —el mismo edificio en el que vivía un matrimonio, «sospechado de no serlo, que pasaba el día en los soportales de la calle de Toledo labrando cucharas de palo y vigilando un puesto en que se vendían ligas, bolsillos de punto, castañuelas, navajas y tinteros de cuerno» (EE 2)—, desde la que se oyen ruidos de chicos que subían y bajaban la calle Imperial (EE 3).

Las referencias espaciales madrileñas de esta novela se concentran especialmente en dos momentos esenciales de la obra: la llegada de Tirso a la capital y la marcha de Pepe a la guerra.

Tirso llega a la estación del Norte (EE 146). Desde allí ve Pepe, cuando va a esperarle, y entre otras cosas, «el arbolado de la cuesta de Areneros» (EE 147). El tren en que viene Tirso asoma por la curva de la Moncloa (EE 148). Los dos hermanos se trasladan a pie a la casa familiar de la calle de Botoneras. Pasan en el camino hasta ella por la cuesta de San Vicente, la calle de Belén, la plaza de Oriente y la calle Mayor, se detienen en la parroquia de Santa María, hasta que desembocan por el arco de la plaza

Mayor (*EE* 150-153), el mismo arco por el que saldrá más adelante Tirso (*EE* 161) y llegarán al lugar el propio Tirso, doña Manuela y Leocadia (*EE* 322).

Cerca de la casa de los Resmilla, se dice, están las iglesias de San Justo, la Concepción Jerónima y San Isidro (*EE* 160). En el pórtico de este templo se pararán a hablar Tirso y su madre (*EE* 182), después de que aquel la siga «por la calle Imperial abajo [...], cuando iba a entrar en una botica de la de Toledo» (*EE* 181).

Engracia, la compañera de Millán, vive en la calle de la Pasión, en una casa que hace esquina a la Ribera de Curtidores (*EE* 386). Allí llevarán a don José los mozos que lo trasladan desde su casa: salieron del domicilio de la calle de Botoneras y « echaron a andar hacia la calle de Toledo » (*EE* 391). Y allí se encaminará Paz, la novia de Pepe, después de apearse del coche ante el pórtico de San Isidro el Real (*EE* 394) para comprobar por sí misma la noticia que tanto la desazona:

Paz iba presa de una emoción indefinible, diciéndose incesantemente: «Calle de la Pasión..., una casita baja, de revoque amarillo..., que hace esquina...» Atravesaron la calle de Toledo, entraron en la de los Estudios, anduvieron toda la del Cuervo y, al llegar a la plazuela del Rastro, preguntó a una mujer dónde estaba la Ribera de Curtidores, con propósito de seguir adelante, hasta encontrar la esquina de la calle de la Pasión.

Como era domingo y hacía una mañana hermosa, la Ribera de Curtidores estaba llena de gente: cada puesto de ropas usadas, trastos viejos, telas, clavos, armas, colillas y herramientas tenía delante un grupo que vociferaba y bullía, regateando con indescriptible griterío. Ella, impresionada con la novedad de aquel Madrid que le era desconocido, miraba en derredor como avergonzada, pareciéndole indignos el sitio y la ocasión (*EE* 395).

Allí volverá Paz en busca de noticias de Pepe, bastante después de haberse encontrado con Tirso en la calle del Cuervo (*EE* 398):

A la mañana siguiente, acompañada del aya, se apeaba de la berlina cerca de la calle de los Estudios. No necesitó que nadie le indicase el camino. Bajaron por la izquierda de la Ribera de Curtidores; al llegar al sitio en que tiempo atrás vio salir a Pepe de casa de Engracia sintió el rostro abrasado por una llamarada de ira; pero ni acertó el paso ni pensó

retroceder. Torciendo la esquina de la calle de la Pasión entraron en el portal, cuyas paredes mostraban un ejército de monigotes liberales y carlistas pintados con carbón por los chicos (EE 433-434).

Novela madrileña es también *La honrada* (LH) ya desde el inicio: «El día fue muy caluroso, de legítimo verano madrileño», donde leemos que «el airecillo que penetraba por los anchos huecos de los balcones venía impregnado en el perfume de las acacias de la Castellana» (LH 7). Pronto sabremos que la casa de Susana, y también la que alquila Plácida en el piso segundo de la misma finca, estaba situada «en una de las calles que van a dar a la parte izquierda de la Castellana» (LH 23).

Esta vía se convierte en eje espacial de la novela. Así, encontramos a hija y madre regresando de «dar un paseo por las alamedas de la Castellana» (LH 56). O, más adelante, a Susana volviendo en tren a Madrid, y tras llegar, subiendo a pie con Plácida «andando todo el paseo del Botánico, el Prado, Recoletos y la Castellana» (LH 223). En otra ocasión, salen Plácida y Perico del teatro Real por la calle de Carlos III (LH 188), se encaminan a la plaza de Isabel II, se detienen después frente a la calle de la Escalinata; dirán, mirando hacia la calle del Arenal, que tendrían que ir hasta la puerta del Sol, y ante el rechazo de Plácida por temor a que los vean, se le ocurre a Perico subir por la calle de Campomanes hasta la cuesta de Santo Domingo. En la plaza de Santo Domingo toman un coche que lleva a Plácida hasta su casa; Perico la sigue en otro, hasta que lo deja y echa a andar por la Castellana (LH 189-191).

La calle de Ferraz, donde vive Luisa, la amante de Fernando, es otro lugar aludido en varias ocasiones. Como cuando se nos dice que este «pasaba los días y la mayor parte de las noches no en su casa de la Castellana, sino en el *hotel* de la calle de Ferraz» (LH 252). O cuando Plácida va a ver a Luisa para que le devuelva unas joyas: sale a la Castellana, camina hasta Recoletos y sube a un coche del que se apea veinte minutos después al final de la calle de Ferraz (LH 281). Por lo demás, Plácida posee títulos de dos casas en la calle de Don Pedro, y dice Fernando que el Ayuntamiento va a abrir una calle desde el Viaducto hasta San Francisco y que podría expropiarlas y pagárselas muy bien (LH 202).

También los personajes de *Dulce y sabrosa* son madrileños y viven en Madrid, como don Juan de Todellas (DS 69, 75), que regresa a la capital tras



dos años y medio de ausencia (DS 79). Y como Cristeta Morerueta, con quien don Juan establece una relación que posibilita gran cantidad de referencias madrileñas. Por lo demás, sabemos que Mariquita vive en el número 14 de la calle del Cuervo, en un sotabanco (DS 148), y que a don Quintín le quitan el estanco céntrico que regentaba y le conceden otro en la calle de la Pingarrona (DS 206).

Pero, como decíamos, es la relación de don Juan con Cristeta, en sus dos fases, la que posibilita numerosos movimientos por la ciudad, con múltiples menciones de lugar. Un paseo de don Juan: «Al cabo de media hora llegó a una de aquellas alamedas del Retiro que empiezan junto a la Casa de Fieras y terminan en el estanque llamado Baño de la Elefanta» (DS 80). La asistencia al teatro de Cristeta a la búsqueda de su galán: «Ansiosa de saber si Juan había llegado a Madrid, fue a los teatros en días de estreno, al primer turno del Real, y nada» (DS 200). O la marcha de la joven de casa de sus tíos, pues para la realización de sus planes le es necesario independizarse: «Desde la plaza Mayor bajó por la calle de Toledo, torció luego hacia la derecha, a los pocos minutos de marcha se detuvo en una calle cercana a San Francisco el Grande», donde miró el número de una casa, «entró en el portal sin vacilar, subió la escalera, y en uno de los pisos altos llamó» (DS 210). Para su nueva vida alquila un cuarto en la calle de Don Pedro (DS 212, 215, 222, 342) —ya conocida por nosotros de *La hijastra del amor*—, y un coche a Manolo e Inés en la calle de San Lucas (DS 213).

Nos detendremos en algunos de los muchos escauceos amorosos de los protagonistas por las vías y paseos de Madrid —con relevante participación de Julia, medianera de estos encuentros—, frecuentemente en las alamedas del Retiro, adonde por una temporada irá don Juan diariamente en busca de Cristeta (DS 217, 222, 226, 231...). Una vez, encaminándose hacia allá, verá frente a la Cibeles a la niñera, que se dirigía «hacia la parte del Prado donde paran los cochecillos tirados por cabras o borricos para recreo de niños» (DS 224); luego va a la carrera de San Jerónimo (DS 225), y más tarde baja la berlina de Cristeta por la plaza de las Cortes (DS 226).

Estas citas preliminares con Julia del tenorio madrileño abundan en precisiones de lugar, como cuando este llega al Prado y se coloca ante la fuente de Neptuno (DS 231), o cuando van ambos «a un cafetín cercano a la

calle de Atocha» (DS 232), o aún cuando se citan en «el jardinillo de la plaza Mayor» (DS 234, 236), o en la plaza Mayor sin más (DS 264).

No son menos concretos, en cuanto a la localización, los encuentros con Cristeta, quien cita a don Juan en la Moncloa, «entrando por la parte de la Bombilla» (DS 247, lugar que este no conocía, por cierto). Don Juan se apea ante la ermita de San Antonio de la Florida y se interna a pie por las alamedas de la Moncloa (DS 247). Allí, «de cuando en cuando, a gran distancia, sonaba el silbato de una locomotora, o el rechinar de las ruedas de algún carro que pasaba por el camino del Pardo» (DS 247-248). La precisión resulta a veces extrema: «Uno tras otro, a veinte pasos de distancia, siguieron cosa de cien metros, internándose luego hacia la derecha en los jardinillos donde hay una plazoleta con macizos de boj y bancos de piedra en torno de una fuente» (DS 250).

Será después de este encuentro cuando oigamos el monólogo de don Juan: «¿Qué tiene de particular que una señora entre a cualquier hora del día en un portal de la calle de las Infantas?» (DS 255-256). No hará falta señalar que se trata de su propia casa: Infantas, 80 duplicado, entresuelo (DS 257), antes de poner un cuarto en Belén, 78 (DS 289, 318, 322), con el fin de atraer definitivamente a Cristeta.

Esta acaba deshaciendo el engaño, para lo que espera a don Juan «en la plaza de Oriente frente a la puerta de Palacio» (DS 330). Allí va el galán, y allí aguarda sin más compañía que «los enormes y desnarigados reyes de piedra que rodean el jardinillo» (DS 330). Al cabo de un rato «comienza a malhumorarse» y «lanza sin cesar miradas hacia el sitio donde arranca el viaducto de la calle de Segovia» (DS 330-331). Pero llega Cristeta y marchan juntos: «Don Juan pretendió ir por la calle de Bailén abajo para prolongar el paseo, mas Cristeta le hizo volver». Pide que le acompañe «hasta pasado el viaducto» (DS 332), cruzan el puente de hierro y llegan por fin hasta cerca de la calle de Don Pedro (DS 332). Al ver al niño, don Juan recuerda la tarde que le vio en el Retiro, en el Paseo de Coches, y cómo poco antes temblaba Cristeta al atravesar, una vez más, el viaducto de la calle de Segovia (DS 343). A un paso, la felicidad que entrevén ambos para siempre.

Asimismo en *Juanita Tenorio*, para finalizar este somero recorrido por las novelas del autor, hallamos otro relato madrileño de principio a fin,

aunque con menor presencia de la ciudad, y más desvaída, que en *Dulce y sabrosa*. No obstante, en Madrid se encuentra la librería del padre de Juanita, en «una de las calles más céntricas», que no precisa (*JT* 9); esta va a un colegio situado «en un barrio extremo de Madrid» (*JT* 33); el taller de plancha de la amante de Ángel está «más allá de la iglesia de Chamberí» (*JT* 81); Juanita es enviada por la marquesa a un recado a casa de una sombrerera «pasada la glorieta de Bilbao» (*JT* 114), y se hace con el palco del teatro Real al que estaba abonada la condesa de Palmares (*JT* 189). Finalmente Juanita, tras su ruptura con Sancho, pedirá a este que le permita vivir en la Granja de la Duquesa (*JT* 352), una de sus casas de Madrid, situada «entre el río y la ronda de Segovia, cerca de la línea del ferrocarril de circunvalación» (*JT* 328).

Los cuentos, pese a su brevedad, ofrecen una notoria presencia de la ciudad en bastantes ocasiones, especialmente en algunas que no quisiéramos obviar. Es el caso de *Eva*, donde el narrador describe el Retiro (en pasaje al que volveremos), pasea por «los senderos de aquella parte que se extiende entre el sitio de la antigua fuente de la China y el estanque grande» (*CC* I 118), y allí observa a un niño y a una señora que se ve a escondidas con un caballero. Los sigue intrigado, pero «al llegar a la puerta de Alcalá, en la entrada del Retiro» (*CC* I 119), ambos se encuentran con quien parece su respectivo padre y marido. Marchan los tres en un coche y el narrador en un tranvía: «Subieron en él los señores, empinó el lacayo al pequeñuelo hasta sentarle frente a sus padres, y partieron». «Yo tomé el tranvía —continúa el narrador— en la esquina de la calle de Recoletos, y ya porque el coche anduviera lentamente o el tranvía corriese demasiado, ambos vehículos subieron al mismo tiempo la calle de Alcalá» (*CC* I 119). No los perdió de vista, en especial a la mujer, que «al llegar ante la iglesia de las Calatravas miró hacia la puerta del templo, alzó la mano aprisionada en un precioso guante, y pasándola ante su hermosísimo rostro, hizo la señal de la cruz» (*CC* I 119). Dice en el desenlace que alguna vez ha vuelto a ver a la dama por Madrid, pero que no ha querido preguntar por ella temiendo que le contesten: «Se llama Eva» (*CC* I 120), esto es, que se trate de un lance habitual.

Tampoco resulta destacable por su calidad, pero sí por su madrileñismo espacial, el relato titulado *Cibelesiana* (*CC* I 248-250), en el que intervienen Cibeles y Neptuno, personificación de las dos fuentes madrileñas, en

animada conversación sobre los cambios urbanísticos que entonces —verano de 1892— se llevan a cabo en la zona, aludiendo al reloj del Banco, el *Guignol*, el Congreso, la Bolsa nueva, el Casón del Buen Retiro, la Academia, Recoletos y la Castellana.

*La gran conquista* cuenta un caso sucedido al narrador, en sus años de estudiante, en el tranvía que unía la puerta del Sol y el barrio de Argüelles. Había pagado hasta la plaza de Oriente, pero se bajó en la calle de Ferraz siguiendo a una mujer (CC I 419). El relato alude además a las iglesias de las Calatravas y del Buen Suceso, la calle de la Princesa, «las callejuelas, casi siempre desiertas, que circundan al cuartel del Conde-Duque» (CC I 420), y el teatro Real (CC I 422).

*Ayer como hoy* (CC II 228-230) presenta la curiosidad de reproducir un episodio de la novela *El enemigo* (EE 402-408), que, con algunas variantes, el autor convertirá en relato autónomo para una de sus colaboraciones en *Vida Nueva* de 1898. Plantea sobre todo el desfile de las tropas que van al Norte a combatir contra el carlismo, con menciones de la puerta del Sol, la iglesia de las Calatravas, la Plaza de Toros, la puerta de Alcalá, la calle de Atocha, el colegio de San Carlos, la plaza de Antón Martín, la fuente de la Alcachofa, la estación del Mediodía, el Hospital, los Docks, la estación del Norte, la plaza Mayor, la calle de Bailén, el paseo de San Vicente, la plaza de la Bolsa, las calles de la Concepción Jerónima, Carretas y Arenal, y también de algunos tipos madrileños sobre los que volveremos luego.

En cuanto a *Rosa la del río* (CC II 315-320), se inicia así:

En la margen derecha del Manzanares, cerca de la pradera del Corregidor, está el merendero de Rosa Gato, conocida en todo Madrid por *Rosa la del río*, sin duda para distinguirla de las Rosas de otros barrios, aunque puede asegurarse que desde Maravillas hasta las Peñuelas no hay otra con tanta gracia, tanta bondad ni tanto ingenio (CC II 315).

Y el cuento presenta, por lo que afecta a nuestro propósito, el recorrido que siguen Rosa y Mariana, y que transita sobre todo por los alrededores o el extrarradio: el puente de Segovia, la Casa de Campo, la cuesta de San Vicente, el camino del Pardo, el puente Verde, el paso a nivel de la Moncloa, la fuente de los Once Caños, la ermita de San Antonio de la Florida y el barrio de Pozas.

En fin, y calidades aparte, entre los relatos en que las referencias de Madrid ocupan lugar destacado se cuentan al menos *¡Venganza!* (CC I 141-142), *La muerte de un justo* (CC I 143-147), *El peor consejero* (CC I 190-214), *Virtudes premiadas* (CC I 215-229), *La vengativa* (CC I 296-299), *Los grillos de oro* (CC I 405-417), *Elvira-Nicolasa* (CC II 26-31), *El milagro* (CC II 58-62), *Las consecuencias* (CC II 116-122) y *La chica de la caja* (CC II 302-306). Aquí aparecen, a veces repetidamente, el parque del Retiro, el teatro Real, el Ateneo, el Congreso, la Academia, la Biblioteca Nacional, la puerta del Sol, la plaza Mayor, la estación de Atocha, el postigo de San Martín, la travesía de Moriana, el paseo del Prado, la carretera de Extremadura y el convento de las Salesas; los cafés de San Isidro y de Platerías; las iglesias de San Ginés y de San José; las calles Mayor, del Codo, del Carmen, del Candil, del Príncipe, del Arenal, del Prado, de las Torres, de los Mancebos, de Carretas, Segovia y Alcalá; las alamedas de la Moncloa, los Viveros, la Bombilla...

### 1.3. Estampas, costumbres y tipos de Madrid

Avancemos ya que unas y otros son prácticamente exclusivos de las narraciones largas, lo que resulta comprensible atendiendo al diferente planteamiento de los subgéneros novelístico y cuentístico ante la descripción, con la relativa abundancia descriptiva en las novelas del autor, frente a la escasez en sus cuentos, en los que raramente cabe encontrar detenciones en el fluir temporal.

Ya en *Lázaro*, que no abunda en menciones madrileñas, hallamos esta curiosa referencia sonora con una interesante personificación de la ciudad:

Lázaro, apoyados los codos en el antepecho de una ventana de su cuarto, y hundido el rostro entre las palmas de las manos, sentía llegar hasta su oído por cima de las enramadas del jardín el rumor sordo y constante que se alza de la villa y corte en las primeras horas de la noche; rumor semejante al ronco y prolongado rugido de una fiera que se estira y se espereza antes de tumbarse a dormir (L 147).

De *La hijastra del amor* procede esta escena costumbrista en la madrugada madrileña:

Son las dos de una madrugada desapacible y fría de invierno madrileño; la Puerta del Sol está casi desierta; al dar la segunda campanada de la hora, se apaga de repente la luz que alumbra la esfera del reloj y arranca el último coche del tranvía, cuya lucecita roja se pierde poco a poco en la distancia. Las gentes andan de prisa, como barridas por el viento que limpia las aceras, y en el cielo, de un azul intenso muy oscuro, brillan miles de estrellas. [...] En las bocacalles hay algunos simones, con el caballo rendido y cabizbajo, y el hombre tosiendo entre los pliegues del tapaboca; junto a las berlinas desvencijadas pasa el cafetero ambulante, con su bufanda de grueso estambre rodeada al cuello, su maquinilla de hoja de lata en una mano, la vasera en la otra, y pendiente de la cintura un saco con «garibaldinos»; a cada veinte pasos se para y grita con fuerza: «¡Aquí va Fornos!» En las puertas de los cafés, los fosforeros comienzan a cerrar los puestos, y los reflejos de claridad amarillenta que proyectan las vidrieras sobre las losas se borran de pronto; en lo interior se apagan las luces, y sus últimos resplandores muestran las sillas de rejilla colocadas sobre los veladores de mármol. Acá y allá, bajo los pocos faroles que quedan encendidos, algunas mujeres, rebujado el cuerpo en el mantón, vocean los restos de un «veinticinco» mal vendido por falta de crimen o de crisis. De cuando en cuando atraviesa la plaza con estrépito un carruaje donde va una dama hermosa envuelta entre terciopelos y rasos como la joya en el estuche. En los umbrales de las puertas se ven algunos niños acurrucados, casi yertos de frío; ante una lotería, una chica vocea el número de la suerte suspendiendo el diálogo con un chulo, y entretanto la escarcha va depositando sus hilos de cristal en las juntas de las losas relucientes y blancas. De unas a otras bocacalles atraviesan tipos distintos: el caballero que va a su círculo de última hora; los carpinteros y tramoyistas que salen retrasados de un teatro; el vago que anda de café en café hasta que se cierra el último; alguna moza de andar resuelto y movimientos rápidos que taconeá fuerte, mirando provocativamente. A lo lejos se oyen los sonidos alegres de una estudiantina, que se retira harta de correr calles, ensayándose para Carnaval; y en algún balcón, velada por los visillos, se ve la bomba redonda de una lámpara alumbrando... Dios sabe qué: un trabajo honrado, una cita de amor, tal vez el pertinaz insomnio causado por un pesar profundo (*LHDA* 121-123).

En la misma novela encontramos, tan larga —disculpe el lector— como interesante, esta estampa sobre las gentes de Madrid en el verano madrileño:

El verano ardiente y seco parece abrasar a Madrid. [...] Las mangas de riego mojan con lluvia violenta los macizos de plantas cargadas de gotas que brillan como diamantes líquidos. En los bancos, las niñeras, los soldados y los viejos charlan, mientras los chicos corren sudorosos por los paseos enarenados o cantan en alegres corros, como turba de gorriones inquietos. Las gentes siguen las aceras opuestas al sol, andando despacio o parándose cansadas bajo los toldos de las tiendas, que proyectan manchas de sombra rectangulares y negras sobre las losas encharcadas. En las esquinas se ven los puestos de refrescos baratos, con sus vasos adornados de limones y sus garrafas hundidas entre nieve. En las puertas de las fruterías, las mujeres, hecho ondas y embandolinado el pelo, esgrimen los mosquiteros de telas de naipes, pregonando las rajadas de melón con sus simientes de oro y las sandías rojas esmaltadas por sus pepitas negras. En los balcones, entornados, con las persianas caídas, se ve, vuelta de espaldas a los hierros, alguna muchacha vestida de claro, que da de mano a la costura para abanicarse, mirando hacia la bocacalle, por donde tiene que venir el novio. A largos trechos las calles parecen desiertas, mudas, sin que las anime el vocerío de los vendedores ni se oiga más ruido que el tecleo incansable de un organillo o el rodar fatigoso de un simón desvencijado. En el centro del día la modistilla sale del taller a la hora de la comida, uniéndosele el estudiante que la aguarda en el portal cercano, mientras ella, al pararse, echa de reojo una mirada a los escaparates para verse como en un espejo: su airoso cuerpo no va ya envuelto en el mantón oscuro de los días de invierno, sino vestido de telas alegres, con la falda corta para lucir el pie y cercado el rostro por el marco flotante del velo, que a cada paso se agita jugueteando con los ricillos de la frente. Por las tardes el calor aumenta [...]. Luego empiezan a surgir de entre la oscuridad creciente las llamas pálidas del gas, como inquietas mariposas de oro, y las gentes, encauzándose en hileras negras por las calles, afluyen a los conciertos y a los paseos bajo cuyas arboledas se alzan en confuso rumor risas, palabras, voces y notas sofocadas por el bulle-bulle de las conversaciones o el arrastrar de las sillas sobre la arena polvorienta. Dan las doce: la muchedumbre se dispersa lentamente, como temiendo al calor de las casas. De allí a poco solo se perciben en las vías desiertas las lucecillas inquietas de los serenos, el lucir de las lámparas en los balcones entreabiertos y el lejano puntear de la guitarra en alguna taberna, tras cuyos visillos encarnados se escuchan coplas de otras provincias ahogadas entre palmoteos y risas... Después, el sueño lo domina todo: el rico aplasta con su cuerpo los colchones de muelles; el mendigo apoya la cabeza sobre la piedra dura. Todos sueñan: el viejo con



los años malgastados, el niño con los juguetes prometidos; y mientras la luz empieza a resbalar sobre las tejas, dorando las cruces de los campanarios y las veletas de las torres, se oye a lo lejos el rechinar de los carros que van a los mercados, llevando en las fibras de las carnes y el frescor de la verduras el sustento de todos.

Madrid despierta: suenan las campanadas de las primeras misas, los serenos se retiran, y entonces tras algún balcón se apaga la lámpara del estudiante o suena el último beso de una noche de amor. Las burras de leche corretean balanceando sus cencerros, y en las esquinas van poniéndose los vendedores con cestas de frutas y legumbres.

Aún no brilla con fuerza el sol y desde los suburbios acuden hacia el centro los jornaleros con el saquillo de la tartera pendiente de un ojal de la chaqueta; sobre las blusas corcusidas y manchadas, en las manos callosas, llevan impresas las señales de la labor que les da el pan; los rostros delatan los oficios, mostrando la tez negruzca del herrero, la cara polvorienta y blanca del mozo de tahona; más tarde, cuando se abren las casas de comercio, pasan las fisonomías cansadas, amarillentas, de los que viven ante el mostrador y el escritorio. El correr de los coches y el pregonar de los vendedores devuelven sus voces a la ciudad; de nuevo se siente el calor, se caldean las piedras, se cierran las ventanas. Los hombres han salido al trabajo; quedan en casa las mujeres afanándose en sus labores, cerrando resquicios para que el ardor no penetre, y los chicos aturdiendo el barrio con sus disputas, juegos, llantos y risas, señales de que ya comienzan a presentir las penas y los goces del mundo (*LHDA* 195-198).

Más extensa aún —por lo que la recortamos bastante para no alargarnos en exceso—, pero no menos sugerente, resulta esta visita del protagonista, ahora de *Juan Vulgar*, al Retiro:

Por ser noche de concierto y no de ópera estaban apagadas las luces del teatro, excepto las del proscenio, que alumbraban débilmente las letras multicolores y enormes del telón de anuncios; y mientras el público iba llegando en oleadas negras, esmaltadas acá y allá por los brillantes tonos de las sedas, comenzaban a escucharse los desagradables sonidos de la orquesta, donde los músicos afinaban sus instrumentos [...].

Pronto fueron apareciendo cada instante en mayor número esos mil tipos madrileños que salen a luz los veranos y que nadie vuelve a ver durante el invierno en ninguna parte: madres obesas con niñas espolvoreadas de arroz, vestidas con tres modas de retraso y mostrando en

sus pobres trajes la habilidad de sus manos junta con la escasez de sus recursos; papás que marchan a remolque echando de menos la tertulia del café donde hablan del entusiasmo político que había en 1840, y hermanos que acompañan a la hermana de mala gana mirando a la novia de reojo, como quien dice: «No lo he podido remediar». Luego llegaron los que habían comido tarde trayendo todavía en la boca el puro de grande espectáculo, y las damas que forman corrillos en los sitios menos visibles para reír libremente los chistes de sus contertulios. Ya cerca de las diez, la muchedumbre compacta y apiñada empezó a dar vueltas por el paseo circular cada vez más despacio, mientras los que permanecían sentados saboreaban ese placer propio del hijo de Madrid, que dispara una gracia contra cada uno de cuantos ve pasar.

Poco a poco, la animación había llegado a su apogeo. Los hombres miraban a las mujeres con descaro, y ellas sostenían la mirada, confiando a la ardiente expresión de sus ojos lo que debieran esperar de su recato; unas, sonrientes como agradecidas; otras, irguiéndose desdeñosas. Cual plantas sanas y nocivas crecidas en el mismo vivero, pasaban las buenas mezcladas con las malas, tal vez aquellas envidiando las galas que estas lucían. La casualidad, eterna creadora de contrastes, hacía que se codeara la niña honrada que sueña con los exámenes del muchacho a quien quiere y la pecadora de oficio que suele, distraída, pronunciar el nombre de uno en brazos de otro; en el mismo grupo veíanse confundidas las señoras ricas, elegantes, calzadas primorosamente, pero anémicas y ojerosas, y las muchachas de mal disimulada pobreza, hermosas con una hermosura fresca y lozana que desconoce los insomnios de las grandes fiestas y los tormentos de la vanidad, y en cambio vestidas a fuerza de economía y de maña, con las botas roídas por el uso.

Al paso de los hombres se escuchaban fragmentos de conversaciones, revelando a veces una sola palabra, un triunfo, un desengaño, una conquista; la grosera interjección de uno quedaba borrada por la frase de esperanza que decía el que iba detrás, y a los que acompañaban mujeres se les sorprendía la queja de los celos, la súplica impaciente o la cita para el día inmediato... Las armonías de la música quedaban apagadas por el ruido de los pasos, el caer de las sillas, el crujir de las sedas, los murmullos de los corros y el airecillo de la noche, que agitaba las ramas de los árboles. El metal de la orquesta, sobreponiéndose de pronto a todos los demás rumores, los apagaba con notas penetrantes; y luego, al llegar el canto dulce de una melodía llevada por la cuerda, tornaban a dominar el bullir de las conversaciones y el chocar de los pies sobre la arena. [...] En torno del kiosco correteaban jugando los niños, llevados por el egoísmo o

el mimo de sus padres, causando la desesperación de los fanáticos por la música, que les imponían silencio con chicheos y maldiciones; apoyada la silla en el tronco de un árbol, dormitaba la madre mientras la hija se hacía toda oídos para el galán que la cortejaba; de los corrillos aristocráticos se escapaban, quizá como comentario a un episodio de la crónica escandalosa, alegres carcajadas; y por el ancho paseo, donde la gente comenzaba a disminuir, iban en parejas, de prisa, mirando con descoco y llamativamente engalanadas las que, de no vender amor aquella noche, quizá no tuvieran qué comer al otro día (*JV* 208-214).

De la misma novela es esta estampa del bullir humano, cuando el personaje se acerca una mañana a la parroquia de San Sebastián a presenciar resignado la boda de su antigua novia:

No habían dado las nueve, y solo circulaban por las calles cocineras con la cesta al brazo, soldados, asistentes, mozos de cordel, dependientes de tiendas y aguadores. En una esquina, sentada ante la mesilla recubierta de cinc y cargada de tortas y combros, había una buñolera arrebujada en su mantón, contando con los ojos, por no sacar las manos, unos cuantos ochavos que tenía desparramados entre el azúcar hecha polvo; a su lado, junto a otra mesa más alta sobre la cual se erguía una cafetera monumental, veíase un expendedor de café de a cuarto, con mitones verdes y gran bufanda liada al cuello, a quien daban conversación tres o cuatro criadas y una pareja de agentes de orden público. Las campanas de San Sebastián y del oratorio del Olivar tañían lentamente, y hacia las puertas de ambos templos avanzaban varias viejas y algún que otro cura sucio y mal pergeñado. Los chicos, llevando al hombro la correa de los libros, se detenían ante los escaparates para disminuir con la tardanza el tiempo que habían de permanecer en la escuela; los repartidores de periódicos andaban de prisa con los paquetes de números bajo el brazo y con el callejero y la varita en la mano; las modistas se detenían con el novio a pocos pasos del taller, y a los puntos de espera comenzaban a llegar los coches de alquiler, mientras a los balcones se asomaba alguna que otra criada sacudiendo con robustas manos una alfombrilla que despedía hilachos, polvo y recortaduras de trapo. En las puertas de las tiendas formábanse corrillos, de los cuales a cada instante se escapaba una frase soez o salía huyendo una moza pellizcada por un tenorio de mostrador; y sobre las blasfemias de unos y las carcajadas de otros, dominaba de cuando en cuando la voz aguardentosa y cascada de algún chulo que, limpiando con su plumero la mercancía de su ancha banasta,

donde se veían revueltas las más vulgares baratijas, gritaba sin descanso:  
—¡Ande el movimiento..., a real y medio la pieza! (JV 283-284).

El Retiro antes citado es entonces el paseo de moda de la ciudad, como se desprende de la respuesta que Juan da a Pipierno cuando este le pregunta si le acompaña a dar una vuelta al salir del ministerio:

—Sí, un paseo higiénico. Mira, nos bajamos por el barrio de Argüelles a la cuesta de Areneros, y subimos luego por la calle de Segovia.

—Calla, hombre, ese es paseo de gente tronada; vamos al Retiro, donde van las personas decentes (JV 327).

Retengamos, de entre alguna otra, la referencia de que allí verá a su antigua novia, y allí se acercará los días inmediatos, con la para él enojosa compañía de Pipierno. Un domingo conseguirá ir solo, pero María no aparece. Piensa Juan: «Es domingo..., y la gente rica tiene a menos venir... Esto está hoy lleno de cursis» (JV 335). El lunes faltará a la oficina y se encaminará al Retiro a las cinco de la tarde: «Cuando llegó, las carretelas, berlinas y victorias llenaban ya en doble fila el ancho paseo; Juan, muy despacio y lo más cerca posible de la línea que seguían los carruajes, los fue examinando uno por uno» (JV 336). Dio vueltas y vueltas: «Acabó por perder la cuenta de las veces que llegó desde la Casa de Fieras hasta el Ángel Caído y viceversa» (JV 337). Luego emprendió la retirada.

Más nítida aún es la presencia de la nota costumbrista madrileña en *El enemigo*, la cuarta novela del autor, de 1887; y ya desde el inicio:

La casa de la calle de Botoneras, donde comienzan los sucesos que aquí se narran, tiene planta baja, con encajera a un lado del portal y al otro tienda de pañolería; tres pisos de dos huecos a la fachada cada uno, con recio balconaje verde, revoque de imitación a ladrillo, descolorido por las escurriduras de las lluvias, alero saliente de robustas vigas y bohardillas a la antigua; completando el conjunto ciertos detalles madrileños, como varillas de hierro para las cortinas de lona que en verano se usan, raquíticos tiestos, cestilla pendiente de una cuerda tendida a la vecindad de enfrente para correo de niñas o tercera de novios, y alguna jaula de codorniz o mirlo (EE 1).

Aunque no se especifica, madrileña parece también la cena de Nochebuena del hogar de los Resmilla: «En un papel de cigarrillo pudo haberse hecho el *menú* de aquella pobre gente: el clásico besugo, ensalada de lombarda, leche de almendra y los postres traídos por Pepe [perada y turrón]; no había más» (EE 19).

Y madrileñas son también en buena parte las referencias de la amistad de Pepe y Millán, que «se conocieron en 1862, cuando a los catorce o quince años cursaban en el Instituto del Noviciado primero de latín» (EE 33); describiéndolos, menciona el narrador «su organismo endeble de madrileños criados en casas pobres» (EE 33), y afirma luego que «llegaron a reunir en común la colección de sellos de franqueo que por entonces hacía todo chiquillo madrileño» (EE 36). Particularmente interesantes resultan sus correrías por Madrid, que copiamos en parte:

Al principio solo se veían en las aulas o en el claustro del Instituto, que tiene entrada por la calle de los Reyes; luego se citaban en el camino al venir de sus casas, esperándose recíprocamente en la plaza de Santo Domingo, donde llegaban casi a la misma hora, y después seguían juntos hasta el Noviciado, haciendo escala en cuantos escaparates hubiese algo que les llamara la atención. Las mañanas de invierno compraban buñuelos; las tardes de verano, chufas; y en todo tiempo, alfeñique, mojama, garrofa o caramelos de a ochavo; pero su verdadera delicia consistía en repartirse una cajetilla de pitillos, sin que jamás llegasen a reñir sobre quién gastaba un cuarto más o menos. [...] De esta época data la larga serie de correrías que hicieron por Madrid, evitando siempre ir por calles céntricas donde pudieran hallarse de manos a boca con quien diera en sus casas noticia del encuentro. Así llegaron a conocer palmo a palmo cuantos paseos, carreteras y cuevas rodean a la corte, yéndose a pies qué queréis por esas rondas, como hidalgos de leyenda que marchan a ver tierras, y por entonces debió de ser cuando en casa de Millán el padre de este, y en la de Pepe su madre, notaron que los chicos rompían zapatos como si lo hicieran a porfía. El famoso Marco Polo en lo antiguo y Livingstone o Stanley en estos tiempos fueron junto a ellos exploradores de poco más o menos. ¿Qué mayor expedición que ir desde el Noviciado a la Puerta de Hierro haciendo escala en el Puente Verde para llamar ¡todas! ¡todas! a las lavanderas del río. Pues ¿y el viaje a Moratalaz o Amaniel para ver hacer el ejercicio a la tropa? ¿Y el ir a extasiarse ante los puestos de San Isidro en vísperas de romería, o marcharse en invierno

a ver si se había helado el Canal del Lozoya? Lo que nunca se les ocurrió fue tomar partido en pedrea de las Peñuelas, ver ajusticiado en el Campo de Guardias, ni tratar con los barquilleros que, al juego de la cinta, sacaban dinero a los tontos en la Montaña del Príncipe Pío. En cambio, les divertía mucho ver en Palacio la parada, o estarse en Santa Cruz oyendo a los charlatanes que desde el pescante de un simón peroraban vendiendo *grasa de león para quitar manchas* o polvos para matar *los insectos solitarios del estómago, que es el intestino donde se mete la comida*. ¿Y el caudal de conocimientos que adquirieron? Por algún tiempo se aficionaron a la mecánica, y todos los días iban a ver colocar placas giratorias en las cercanías de la estación del Norte; otra temporada se dieron a la construcción, entreteniéndose en ver levantar piedras en edificios nuevos; después mostraron afición a la industria, contemplando las tripas colgadas en los balcones de las mondonguerías de la calle del Peñón y las tiras de fósforos de cartón puestas a secar en las fábricas de la ronda de Toledo. Desde el Campo de Guardias hasta la Pradera del Canal, y desde la Fuente de la Teja hasta las Ventas del Espíritu Santo, no quedó rincón que no anduvieran ni encrucijada por donde no pasaran, siendo uno de sus placeres favoritos recorrer los lugares del Madrid antiguo descritos en novelas de capa y espada a cuarto la entrega, donde aprendieron a retazos y malamente episodios que les hacían mirar ciertos sitios con un respeto entre ridículo y poético, dando como seguro que Felipe II presenció el asesinato de Escobedo desde un portal de la calle de la Almudena, y comentando, como si hubieran asistido a ellas, la muerte de Villamediana junto a San Ginés o aquella aventura de Quevedo cuando desafió a un hidalgo que había pegado un bofetón a una señora. ¡Qué diferencia había entre el entusiasmo con que iban adquiriendo aquella dislocada erudición de lances madrileños y el desprecio con que miraban las biografías latinas de Cornelio Nepote y los *Trozos escogidos*, que a ellos les parecían la pura esencia de lo inaguantable! (EE 36-40).

Por su parte Paz, la que será novia de Pepe, «estuvo tres años en un colegio dirigido por monjas, lo cual no era del agrado de su padre; pero ¿qué hacer, si no había en Madrid otro linaje de casas de educación?» (EE 59), se pregunta intencionadamente un narrador que parece hablar por boca del autor.

A la salida de la misa de once en San Pascual, de Recoletos, «una mañana de la primavera de 1872» (EE 84-85), verá Pepe a Paz, en otra dilatada estampa costumbrista de la que nos limitaremos a entresacar unos pasajes significativos:

En el aguaducho, cargado de vasos, descollaban el fanal de los azucarillos y la botija con espita, tras cuya gruesa panza se ocultaban el tarro de las guindas y la bandeja de los bollos, en tanto que la aguadora, dando conversación a un guarda, fregaba en el lebrillo las cucharillas de latón. Por el centro del paseo circulaban rápidamente algunos carruajes de caballos briosos y, junto al encintado, se veían parados unos cuantos simones con el jamelgo caído el cuello y el cochero deletreando en el pescante *El Cencerro*. Al otro lado, los tranvías corrían sobre los rieles obstruidos por carros y camiones, que sus conductores apartaban de la vía renegando al oír el pito de los mayores, y por la larga acera de piedra, paso a paso de arriba abajo, se aburría autoritariamente la pareja de guardias de orden público, entonces llamados *amarillos*, sin otro consuelo que echar miradas subversivas a las criadas de buen ver [...]. Hacia la calle de Alcalá se oía el cascabeleo de los ómnibus que iban al apartado de los toros, y despacito por el paseo inundado de sol venía el borriquillo con sus serones llenos de macetas, escuchándose de rato en rato pregonar al mocetón que lo guiaba: *el tieestoo de claaveles doobles...* [...] Lentamente se fue marchando todo el mundo, y la campana cesó de tocar; solo quedaron allí el estanquero, sentado junto a su cajón, la mujer del aguaducho volcando sobre un plato muy cóncavo el puchero del cocido que acababa de traerle un chico, y la pareja de *amarillos* que, paseo arriba, paseo abajo, llegaba desde la Cibeles hasta la casa de la Moneda (*EE* 85-91).

Más adelante presenta un animado cuadro de los madrileños que van a los toros, en el que podemos leer este pasaje, que Picón reproducirá once años después, con alguna variante, en el relato *Ayer como hoy* (*CC* II 228-229):

Un poco más tarde llegan por las bocacalles y pasan rápidamente, tirados por hermosos brutos, los carruajes de los ricos y sus parásitos, mostrando la gente adinerada afán de imitar al pueblo en el vestir. Los hombres, de americana y pavero; las mujeres, con flores puestas en el pelo a lo gitana, luciendo unas la mantilla de blonda blanca y otras la de casco de color con sedosos madroños negros que sombrean dulcemente la cara. Corren los simones insultándose los cocheros de pescante a pescante pugnando por adelantarse, y a las ventanillas asoman, entre bocanadas de humo, ya el rostro moreno y bigotudo del madrileño de los barrios bajos, ya la carnicera rumbosa cargada de joyas anticuadas que ciñe a sus hombros el rico mantón con floripondios de colores brillantes. Al trote de un rocín miserable, y con el monosabio a la grupa, va el picador, cuyas formas



atléticas contrastan con el tipo enclenque de algún señorito que sirve de cochero a su lacayo; y en potros inquietos que bracean con fuerza van el chalán que deja la bestia en un merendero durante la corrida y el alguacilillo vestido como los que aborreció Quevedo. Entre los de a pie, que continuamente se salen de la acera para tomar corriendo los primeros ómnibus que vienen de retorno, marchan confundidos el gatera que con mil trabajos, ninguno limpio, reunió el precio del tendido, el hortera endomingado, el estudiantillo que parodia en el vestir al elegante rico, la modistilla engalanada con el trabajo de sus manos, y algún que otro viejo ávido de censurarlo todo echando de menos los calesines y las majas del tiempo del *rey neto*. A pie van también la chula y su amante, ella orgullosa, él celoso, haciendo ambos ostentación de su persona: el mozo con calzado de lo fino, pantalón ajustado, pавero y chaquetilla de pana; la chica con el cabello ensortijado, un peinecillo en cada rizo, pañuelo de seda caído sobre la espalda porque no oculte lo primoroso del peinado, y sobre los hombros el ligero mantoncillo de espuma por entre cuyos largos flecos asoman a cada paso de su graciosísimo andar los bajos limpios y los pies chicos. Como lleva los ojos lucientes de malicia y la boca rebosando picardía, los señoritos la miran con codicia, y entonces el chulo, porque vean que la muchacha es suya, la requiebra con groseros dicharachos que ella estima como madrigales dulcísimos (EE 403-405).

Algunas estampas madrileñas, menos, hallamos también en *La honrada*. Como la del lugar de esparcimiento de Plácida y Fernando, en este caso la tarde misma de su casamiento: «Al fin decidieron pasear un rato por las alamedas de la Castellana, como venían haciendo desde algún tiempo atrás, y luego subirse a su casa dejando a Susana en el principal» (LH 100). O la de sus salidas en las semanas inmediatas:

Los dos meses siguientes a la boda fueron de continuo ajeteo. Por la mañana salían con pretexto de compras para completar el ajuar de la casa; a la tarde, a paseo, y después de comer, al teatro o a los conciertos del Retiro, dándose el fenómeno de que ni uno ni otro manifestasen empeño en evitar la compañía de Susana (LH 107).

Fernando Lebriza reúne algún rasgo de los jóvenes madrileños de las clases altas, pues «a los diez y siete años le abonaron en el Real a butaca» (LH 43), y sobre todo de los casados de vida disipada, retirándose habitualmente «de madrugada, cuando empezaban a barrer las calles» (LH 195), y yendo a jugar al Círculo, donde a veces se quedaba a cenar (LH 209).

En Fulánez percibimos el reflejo de los horarios de los funcionarios públicos. Empleado en Gobernación y viviendo al final de la calle Mayor (LH 133), Susana se plantea en su busca que «lo natural era [...] que para ir a la oficina saliese de su casa entre once y doce de la mañana, y del Ministerio, poco después de las cinco» (LH 133). Y actuará en consecuencia en su periplo por la zona, que transcribiremos:

Una mañana llegó a la puerta del Sol a las once, y desde junto a la fachada de Gobernación emprendió la caminata por la calle Mayor, tomando la acera de la izquierda por donde era racional que viniese; fue despacio hasta la entrada del viaducto de la calle de Segovia, tornó a la puerta del Sol por la acera opuesta mirando continuamente hacia atrás, y no logró verle. A las cinco de la tarde volvió e hizo lo mismo en sentido contrario, echando a andar desde el viaducto, y también fue inútil su cansancio. Al día siguiente no fue, temerosa de que se hubiesen fijado en ella las gentes de las tiendas. Por fin, al otro día, le vio salir de su casa, le siguió de cerca, y cuando llegaba a uno de los soportales que dan paso a la plaza Mayor, colocándose a su espalda, muy cerca, le llamó por su nombre; él, sin sospechar la que le esperaba, se volvió y topó con ella. No tuvo escape (LH 134).

De *La honrada* procede también un breve apunte de los rumores de la ciudad a primera hora de la noche: «Acababan de dar las nueve. Por bajo de los balcones de la casa [de Plácida] sonaban juntamente el crujir de la arena pisada en los paseos de la Castellana, el restallar de látigos, los pitos de los tranvías y el vocear de algún vendedor de periódicos» (LH 363).

Otra nota nocturna nos acerca ahora a *Dulce y sabrosa*, cuando, «en la plaza de Oriente, frente a la puerta de Palacio», a las once, don Juan espera a Cristeta: «No pasa casi nadie: solo se oye de rato en rato la sorda trepidación del tranvía y continuamente el rápido y corto pasear de los centinelas de Palacio» (DS 330).

Por lo demás, esta novela, y especialmente en la parte de la reconquista de Cristeta por don Juan de Todellas —o al revés—, nos suministra algunos datos de la realidad madrileña de la época. Así, encontramos al galán cuando, tras un intempestivo madrugón para su cita con Julia, la espera *monologuando* —así escribe el autor— mientras pasea arriba y abajo junto

al jardinillo de la plaza Mayor, antes de que aparezca la joven «bajo el arco que da a la calle de Toledo» (DS 238):

Ya tenía yo olvidado el Madrid de por la mañana. Lo mismo está hoy que cuando iba yo a la Universidad. Puestos de buñoleras, burras de leche, traperos, cocineras, albañiles con blusa y tartera, el carro de la basura con un carretero encima que parece un cónsul romano preparándose para entrar en triunfo, alguna pareja de estudiante y modista... [...] El Madrid de hoy es insoportable. Todos los pisos bajos son tiendas, apenas hay rejas. ¿Cómo se las arreglarían ahora aquellos galanes? ¡Qué cosas se les ocurrirían a Villamediana y a Quevedo viendo este Madrid, que tiene la plaza de Oriente al norte, la estatua de la Comedia delante del teatro italiano, y aquí en la plaza de la Constitución la estatua de un rey absoluto! ¡Cuánto disparate!... (DS 237-238).

De otro encuentro con Julia en este mismo lugar, una mañana de invierno, procede la escena que sigue:

En torno, gente que pasaba mirándoles de reojo y barruntando trapicheo; algún chico parado, con los libros sujetos entre las piernas, ocupados dientes y manos en el aceitoso buñuelo; al fondo, los soportales de la plaza esfumados en la neblina temprana; las mulas del tranvía despidiendo del cuerpo nubes de vaho; la atmósfera húmeda, impregnada del olor al café que un mancebo tostaba ante una tienda; el ambiente sucio, como si en él se condensaran los soeces ternos y tacos de los carreteros; las piedras resbaladizas, y en el centro del jardinillo, descollando sobre un macizo de arbustos amoratados por los hielos, la estatua del pobre Felipe III, con el cetro y los bigotes acaramelados por la escarcha (DS 267).

Cristeta accede a ver a don Juan, pero exige que ha de ser en un palco de un teatro, lo que nos proporciona sobre todo el dato de los días de estreno: «Llegó el sábado; fijáronse en las esquinas los carteles teatrales, leyolos, calculó cuál sería la función más larga, y vio que en la Zarzuela representaban un melodrama en cinco actos seguido de sainete; es decir, cinco entreactos, que era lo que a él le interesaba» (DS 290). En esos días, por cierto, con tanta lluvia, «Madrid estaba convertido en un lodazal» (DS 290), cosa que nos hace ver cómo por entonces, 1891, las calles madrileñas, o muchas de ellas, no estaban asfaltadas ni empedradas, sino en tierra.

Un par de notas rescatamos de *Juanita Tenorio*, la penúltima de las novelas del autor. Una de ellas acerca de la subasta de los muebles y objetos de una casa aristocrática, a la que se habían dado cita muchos entendidos y señoras de alto copete: «En Madrid esta clase de torneos de la vanidad no es frecuente, y los ricos aprovecharon la ocasión de imitar lo que hacen sus congéneres en otras grandes capitales» (JT 186-187). Y otra en relación con el frío de los inviernos madrileños, lo que parece traslucir el desagrado del propio Picón, del que es conocido su natural friolento: «Además, Madrid le da miedo [a Sancho], porque cada vez que ha querido pasar una temporada, se ha puesto malo: tú misma le habrás oído decir que tres tentativas de permanecer el invierno en Madrid le costaron, hace años, una pulmonía y dos bronquitis» (JT 404-405). Por lo demás, el pasaje refleja la vida más o menos nómada de la aristocracia madrileña según las diferentes estaciones del año, como veremos en adelante.

#### 1.4. Algunas vistas o panoramas de la ciudad

O desde la ciudad, pues así es en algunos de los casos que registramos, que no son muchos, pero sí de interés, creemos, para ser consignados aquí.

Siguiendo un orden cronológico, localizamos de entrada un par de muestras de *La hijastra del amor*, en la primera de las cuales, al inicio de la novela y después de describir externamente la casa de la plaza de la Armería:

Veíanse en primer término el Campo del Moro y el cuartelillo de Palacio, tras los cuales se extendía, sobre las alamedas de la Virgen del Puerto, todo el panorama de Madrid por aquella parte: hacia la izquierda, dos o tres cementerios, donde resaltaban a lo lejos las tumbas blancas sobre los cipreses casi negros; los cerros de San Isidro y una larga fila de lavaderos, figones y ventorrillos, cubiertos de esteras o pintarrajeados de colores chillones; al frente, la cinta gris y polvorienta trazada por la carretera de Extremadura; a la derecha, la Casa de Campo, El Pardo y La Zarzuela; como término a la avaricia de los ojos, las cumbres del Guadarrama, envueltas en la neblina violada que crea la distancia; y por bajo de todo, absorbido en su lecho de arena, preso entre los arcos de los puentes, el Manzanares, flanqueado de tendederos y tabernas desde la ronda de Segovia hasta el paso a nivel de la Moncloa (LHDA 60).

Con el anterior se relaciona explícitamente este otro panorama, ahora desde la casa de Clara, al final de la calle de Ferraz:

Los balcones estaban a Levante, excepto el del gabinete de la alcoba, que, por formar la casa esquina con una de las últimas calles del barrio, daba al Norte; desde él, recordando a Clara las vistas de las ventanas de su cuarto en la plaza de la Armería, abarcaba la mirada el ancho panorama que se extiende a la derecha de la Casa de Campo; al pie de la Cuesta de Areneros se distinguían las techumbres de los talleres de la estación, y en la hondonada, por junto a la ermita de San Antonio de la Florida, ceñida de copudos olmos y altos álamos, aparecían como cintas de plata fijas en el suelo los rieles del cruce de las vías brillantados por el paso de los trenes que corrían de uno a otro lado, dejando flotar sus penachos de humo sobre las arboledas de la Moncloa. Más allá, tras el río, en cuyas orillas se alzaban los tendedores cargados de ropa que agitaba el viento, se divisaban el Puente Verde, la Pradera del Corregidor y la Fuente de la Teja. A lo lejos, tras la Puerta de Hierro y los plantíos del Vivero, resaltaban en los cerros de El Pardo los grupos de encinas y robles esparcidos como manchas oscuras en la terrosa superficie del monte, y en último término, recortándose con vigorosas líneas sobre el azul del cielo, se veía la ingente masa de la sierra con sus cimas coronadas de nieve. Los últimos rayos del sol venían a dar en aquel balcón, y cuando los vientos del Guadarrama soplaban con fuerza, los cristales producían un ruido triste y tembloroso, como si a ellos llamara débilmente una mano estremecida de frío (*LHDA* 419-420).

Muy cerca está, también en el barrio de Argüelles, el lugar por el que pasean en *La honrada* Fernando y un amigo, quienes caminan cerca de la cuesta de Areneros, donde viven la *Rubia* y la *Revoltosa*: «La atmósfera era tan pura, que hacia la parte de la sierra se veían las cumbres del Guadarrama azuladas por la distancia y coronadas de nieve; por detrás de la Casa de Campo el horizonte aparecía abrasado en los resplandores del sol poniente» (*LH* 161).

De esta novela es una nueva alusión al Guadarrama, muy curiosa: «Al caer la tarde, tras un hermoso día de invierno, comienza a soplar el viento helado y sutil del Guadarrama; *el aire de Madrid, que mata a un hombre y no apaga un candil*» (*LH* 369).

*Juanita Tenorio* nos ofrece una estampa, ahora breve, desde la Granja de la Duquesa, la casa que acaba ocupando la protagonista: «Desde los balcones del piso principal, la vista abarcaba parte de la ribera; más allá la carretera de Extremadura, las arboledas de la Casa de Campo, los cerros del Pardo, y en último término las cumbres de la sierra» (*JT* 356).

Si pasamos a los cuentos, lo cierto es que en ellos no abunda este tipo de pasajes descriptivos, pero alguno hallamos. Como este de *Eva*, en que el narrador, tras sentarse ante las cuartillas sin provecho, emborronando y tachando, decide irse al Retiro:

Eran ya los últimos días del otoño. Las enramadas y los bosquecillos empezaban a teñirse de tonos pálidos y amarillentos. Algunos troncos, prematuramente desnudos, extendían sus ramas secas a través de los macizos de verdura. El suelo estaba húmedo, y el viento, desapacible y fresco, arremolinaba las hojas caídas y abarquilladas en torno de los huecos cavados para el riego al pie de los árboles. Los paseos estaban casi desiertos. De cuando en cuando se veían un cura solitario, una niñera cogida de la mano con un soldado, un guarda que se paseaba tranquilamente con una estaca bajo el brazo, o una pareja compuesta de estudiante y modista, a quienes tal vez ocurrió con las agujas y los libros lo que a mí con las cuartillas. Oíase a lo lejos el graznar de los patos que se aburrían en los estanques, el rugido de alguna fiera enjaulada y el canto de algún carretero que a veces introducía en su copla interjecciones soeces y gritos salvajes para animar a las cansadas mulas. Alzábase a lo lejos el sordo murmullo de la villa del oso, y el sol, cayendo al lado opuesto de Madrid, doraba con reflejos vivísimos los contornos de las nubes blancas y menudas que surcaban el azul purísimo del cielo (*CC I* 117-118).

De *El guarda del monte*, finalmente, procede esta descripción, rara por única en don Jacinto, del campo madrileño:

Entre Villalba y El Escorial tiene mi amigo Pérez un monte donde me permite ir de caza o de paseo siempre que quiero. Cuando me hastía la vida de Madrid, aún más fatigosa para el espíritu que para el cuerpo, hago el esfuerzo de madrugar, que en un madrileño es casi rasgo de heroísmo, tomo el tren de las siete, llego al monte a las ocho, paso el día procurando no acordarme de nada enojoso, como fiambres que llevo y sabrosos guisotes que allí me hacen, ando mucho y a la noche vuelvo por el último

tren que para en el apeadero cercano, distante de la casa de mi amigo poco más de un kilómetro.

Los nacidos en otras regiones de España dicen que el campo de los alrededores de Madrid es feísimo; a mí me gusta. El suelo pardusco, quebrado y duro; el arbolado verde griseo de chaparros, robles y encinas; las tremendas peñas cenicientas cubiertas de musgo alagartado que les hace parecer colosales bestias dormidas en inmóvil reposo; el contorno de las montañas, cuanto abarca la vista, tiene por su forma, por su color y por sus proporciones, un sello de grandiosidad que admira y sobrecoge. No es un paisaje bonito ni riente; pero hay en él cierto aspecto de desolada hermosura que sugiere e impone al alma ideas de tranquila y austera poesía: los pensamientos que allí se enseñorean del espíritu no son alegres, mas como si se limpiasen con la viveza del aire, dan a la voluntad vigor, y a la imaginación esa apacible melancolía que solo saben saborear los capaces de sentirla (CC II 297).

Permítansenos dos apuntes o subrayados *madrileños* al pasaje: la fatiga que provoca la ajetreada vida de la ciudad —y que tal vez haga sonreír a los sufridos madrileños del siglo XXI—, y el esfuerzo de madrugar como rasgo heroico, que sin duda hay que entender, o sobrentender, a pesar de lo escrito, como aplicado al narrador, un narrador de clase acomodada que parece confundirse aquí con el propio autor.

### 1.5. Sobre casas y barrios

Las casas en que viven algunos de los personajes que pueblan la narrativa piconiana, y los barrios donde estas se sitúan, nos permiten alguna aproximación a las moradas o residencias de los madrileños de la época.

Y hasta de épocas anteriores, como cuando el narrador nos presenta la historia de la casa de los Tumbagas de Almendrilla con la que se abre *Lázaro*, y que bien pudiera ser cifra de los avatares de algunas mansiones madrileñas del pasado:

A mediados del siglo XVIII, en una plaza de Madrid, formando rinconada con un convento, claveteada la puerta, fornido el balconaje y severo el aspecto de la fachada, se alzaba una casa con honores de palacio, a cuyos umbrales dormitaban continuamente media docena de criados y un



enjambre de mendigos que, contrastando con la altivez del edificio, ostentaban al sol todo el mugriento repertorio de sus harapos. Algunos años después, un piadoso testamento legó la finca a la comunidad vecina, y en nuestro tiempo descreído y rapaz la desamortización incluyó en los bienes nacionales aquella adquisición que los pobres frailes debían a las legítimas gestiones de un confesor o al tardío arrepentimiento de un moribundo. Un radical de entonces, que luego se hizo, como es costumbre, hombre conservador y de orden, la compró por un pedazo de pan; y tras servir sucesivamente como depósito de leñas, mesón de arrieros, colegio de niños, café cantante y club revolucionario, vino a albergar una sociedad de baile en la planta baja y una oficina en el principal, aprovechándose lo demás para habitaciones de pago dominguero en lo interior de ambos pisos (*L 1-2*).

No menos sugerente resulta este pasaje de un cuento en que se describe una de las casas madrileñas conservadas tal cual desde comienzos del siglo XIX:

Aquella casa era el verdadero tipo de las grandes y destartaladas viviendas que para familias burguesas se hacían en Madrid a principios de siglo, con sus habitaciones altas de techo, espaciosas, papeles de ramos y florones, pasillos laberínticos, balcones con postiguillo, puertas de cuarterones pintadas al temple y ladrillos que se deshacían en sucio polvillo rojo. Tenía cada piso cuartos con vistas a la calle y otros interiores más baratos, cuyos huecos daban a un anchuroso patio empedrado de cantos lisos, con pozo en el centro, pila para lavar, y en los cuatro ángulos otras tantas parras que trepaban por los muros hasta el tejado (*Lo mejor del hombre, CC II 423*).

Son viviendas de familias modestas, como la de Engracia, en la calle de la Pasión, que es de las que tienen patio con «corredores con puertas numeradas» (*EE 434*). O como la de los Resmilla, casa de vecindad de las que solían albergar a algún artesano o vendedor en los portales, como de hecho ya habíamos visto en un pasaje que ahora reiteramos: «La casa de la calle de Botoneras [...] tiene planta baja, con encajera a un lado del portal y al otro tienda de pañolería» (*EE 5*).

Las clases más favorecidas comenzaban entonces a ocupar *hoteles* o mansiones en barrios nuevos, especialmente al final de la Castellana, como

es el caso del señor de Ágreda, en la novela *El enemigo* (EE 67), o de Juan en el relato *La novela de una noche*, quien a su vuelta a la capital se instala en un caserón viejo, de su propiedad, situado a un kilómetro de Madrid, «en una de esas carreteras cuya parte inmediata a la población se ha ido convirtiendo en calle con honores de paseo por la construcción de grandes centros de vecindad y *hoteles* de aristócratas de menor cuantía que pretenden vivir como potentados extranjeros» (CC II 265). Es también el caso de Soledad, de *Desilusión*, quien dice a su abuelo al relatarle la ruptura de su noviazgo: «Ya sabes que estábamos en amores hace más de año y medio. La cosa empezó poco después de comprar papá este hotel. Desde las ventanas de este cuarto se ve todo el paseo del Obelisco hasta la entrada de la Castellana» (CC II 167).

Se trata de una moda que Picón critica duramente en su cuento *La buhardilla*, de 1892 (y en un artículo del mismo título aparecido en *El Imparcial* siete años antes: XIX, 6.334, 19-I-1885). El violento motín de lavanderas que en el relato recorre buena parte de la ciudad tiene su raíz en la incompreensión entre ricos y pobres originada precisamente por el alejamiento del lugar de residencia de unos y otros. En nuestro cuento, los duques de las Vistillas habían vivido siempre en el antiguo Madrid, en una casa nobiliaria que constaba de dos pisos rematados por buhardillas:

Eran estas buhardillas habitación de gente pobre que vivía en contacto frecuente con los ricos: así estaban cercanos la necesidad y el remedio, hermoso maridaje que aplaca la envidia de los que no tienen y amansa el egoísmo de los que poseen. Los amos ocupaban en invierno el principal y en verano el bajo; en el segundo estaba la administración, y en las buhardillas, los cocheros, pinches y lacayos, amén de dos o tres familias de sirvientes jubilados y gentes protegidas (CC I 242).

Entre estas últimas se contaba Manuela, «hija de un ayuda de cámara, hermana de una doncella y viuda de un mozo de comedor que había servido muchos años y murió dejándola embarazada» (CC I 242). Pues bien, esta Manuela, habiendo dado a luz por los mismos días que la hija de los duques, salvará la vida del niño de la duquesita al prestarse a amamantarlo cuando la madre enferme de calentura maligna. Tiempo después, y muertos los duques, la duquesita, «por seguir la moda y complacer a su marido, vendió la casa de sus mayores y edificó en la Castellana un hotel a la francesa» (CC I 243). El

tiempo y la casualidad harán que el motín de lavanderas reúna a la duquesita con Manuela, aquella en peligro de ser atacada por las amotinadas y esta formando entre ellas. Manuela conseguirá que sus compañeras —vociferando en la algarada a pleno pulmón «¡Mueran los ricos!»—apacigüen sus ánimos; pero su despedida de la duquesita, ya duquesa, no puede ser más reveladora:

¡Adiós, señora! ¡Qué lejos que estamos ya los pobres y los ricos! ¡Cuánto más valían aquellas buhardillas cuando vivíamos unos cerca de otros *pa* conocerlos y quererlos! Ahora hacen unos *ciminterios* de vivos que les *yaman* barrios *pa* obreros... y cuando subimos a Madrid... ¡es *pa* esto! (CC I 245).

## 2. ACERCA DE LOS MADRILEÑOS

De este mundo poblado, de los pobladores del mundo urbano madrileño, daremos cuenta en esta segunda parte, más breve, de nuestro estudio. Examinaremos a los madrileños situados fuera de Madrid, generalmente en lugares de veraneo, que dan pie a un buen número de cuentos y vienen a ampliar o complementar la visión más habitual en el autor, que es la de los madrileños de la aristocracia y las clases altas en general, que aparecen en estos relatos como integrantes del *todo Madrid* o *la buena sociedad*. Prestaremos atención asimismo a los madrileños venidos de fuera, que en la obra de Picón son sobre todo estudiantes, para concluir reuniendo, siempre según don Jacinto, no pocos rasgos del carácter madrileño.

### 2.1. Madrileños fuera de Madrid

Vaya por delante que el personaje tipo de los cuentos y novelas de nuestro autor es un madrileño o madrileña que vive, trabaja, piensa, sueña, sufre, goza..., en Madrid. Se da incluso el caso de quien nunca ha salido de la ciudad, como Clara, de *La hijastra del amor* (LHDA 461), y la curiosidad de que varios de nuestros personajes deciden ir a Sevilla, siempre a Sevilla, por razones diversas, como Ventura en *El peor consejero* (CC I 190-214), el doctor Florals en *Sacrificio* (CC I 436-441), Clarisa en *Cadena perpetua* (CC II 202-208), los novios en *Drama de familia* (CC II 349-356), o Beatriz en *Rivales* (CC II 390-417).

De hecho, son relativamente raros los relatos o partes de relatos de Picón que suceden en otros lugares, y cuando así ocurre suelen ser también madrileños quienes los protagonizan; con la excepción de los de clases altas, que salen de Madrid para pasar fuera parte del invierno (en París), y el verano en una playa o balneario francés o español. Estos últimos dan lugar a algunos pasajes de la novela *La honrada* y a varios cuentos, a los que nos referiremos a continuación.

Sin duda era habitual entre las clases acomodadas, como decíamos. Fernando Lebriza, de *La honrada*, comenzó a quejarse del calor, «diciendo que se ponía malo por infringir la costumbre de salir de Madrid durante el verano» (LH 119). Ernestina, de *Fruta caída* (CC II 105-115), toma el tren de Madrid para San Sebastián, porque, pese a sus dificultades económicas, no transige con la humillación de permanecer en Madrid en verano (CC II 108). Adolfo y Pepe, de *Los decadentes* (CC II 139-144), que veranean en el balneario de Chorritos, son dos «señoritos madrileños» que han ido allí «por prescripción facultativa, lo menos quince días, contrarrestando con el uso de las dichas aguas los efectos de la mala vida que llevaban en la corte» (CC II 139); tienen además por costumbre «pasar los inviernos parte en Madrid y parte en París» (CC II 140).

Y es que el balneario es para los madrileños pudientes una válvula de escape, donde resulta posible todo lo que en Madrid les está vedado, como leemos en este interesante cuadro de *Los grillos de oro* con respecto a la mujer:

Si usted ha estudiado a las mujeres en las estaciones veraniegas, habrá podido apreciar que en tales sitios sufren, mejor dicho, gozan una transformación tanto más intensa cuanto ha de durar menos. Salen de sus casas, donde apenas pueden moverse, y llegan al campo, donde su primer delicia es cansarse; están hartas de tratar a unas cuantas familias de quienes nada nuevo pueden comentar, y se encuentran trasladadas a la fácil intimidad de las fondas, donde la promiscuidad de gentes da pasto a la murmuración; estaban ajadas por el traspasar de la vida cortesana, y el campo les devuelve los colores perdidos; resultando que a los pocos días de respirar el aire del monte o de la playa se alegran las tristes, devoran las desganas, se remozan las maduras, se espabilan las niñas, se avispan las tontas, se les duplica la energía; y como el padre, el amante

o el marido que las acompaña las descuida, porque va también sediento de libertad, ya las tiene usted a todas en continua excitación, medio alocadas, unas resueltas a conquistar y otras sin voluntad de resistir, que para el caso es lo mismo. Al prescindir de la etiqueta y los ridículos miramientos sociales, prescinden de la prudencia, se establece entre ellas un pugilato de coquetería favorecido por la licencia con que los hombres pueden galantearlas en jiras o excursiones, y algunas semanas, unos cuantos días, bastan para que las listas aprisionen amante o novio, y las que se fingen incautas caigan en los brazos que desean. Noviazgo y seducción que en Madrid cuestan un año se consuman en un mes de veraneo; lo que no se logra en cien diálogos de cotillón y de antepalco se alcanza en media docena de conversaciones bajo la discreta sombra de un cenador o de un emparrado; hay mujer que dice, tras un bochornoso día de campo, lo que calló en muchas veladas de invierno; y hay hombre que salió a tomar aguas y vuelve para tomarse los dichos. Limpios manantiales, aromas silvestres, meriendas sobre el musgo, parques oscuros, corredores mal alumbrados, puertas numeradas y habitaciones contiguas..., ¡de cuánta flaqueza sois responsables! Todo ello sin contar la premura del tiempo y la impunidad asegurada cuando, terminados los baños, él se marcha hacia el sur y ella hacia el norte para no volverse a ver nunca, conservando ambos memoria de la aventura como guarda un chico el recuerdo de la fruta que robó por cima de una cerca en un camino solitario (CC I 407).

No siempre en verano o en el veraneo: *La dama de las tormentas* (CC II 307-314) transcurre en «un monte cerca de Madrid», con personajes madrileños, claro está. Pero sí casi siempre: *Relato del homicida* (CC II 239-242) inicia su acción en Madrid, pero el cuento se desarrolla propiamente en Pinarplaya, donde se trasladan los personajes; *La prueba de un alma* (CC II 37-53) sucede en el balneario de Saludes, pero tanto Ruiloz, el médico, como Julia y su familia vienen de Madrid; madrileños, familias madrileñas, son en su mayor parte los huéspedes del balneario al que va Juanita Tenorio en la novela de igual título (JT 220, 223); *Desencanto* (CC II 357-383) acontece en Bourg-sur-Mer, un pueblo francés de veraneo, pero una vez más los personajes principales del relato son madrileños. Una escena de *La honrada*, en Luchon, acaba de corroborar implícitamente este protagonismo: «De pronto se oyeron a lo lejos grandes carcajadas y el alegre tecleo de un piano que indicaba una canción chulesca, madrileña legítima» (LH 124-125).

## 2.2. Todo Madrid o la buena sociedad

Estos madrileños de las clases altas conforman un estamento social cerrado, donde todos se conocen y a la vez se temen: «Era pasado el quince de septiembre, y quedaban veraneando [en Biarritz] pocos españoles, de lo cual me alegré, para no verme obligada a esquivar la compañía enojosa de madrileños que me conocieran», escribe Juanita Tenorio (*JT* 249). «¿Sabes el escándalo que has dado? ¿Te parece bien que a estas horas se esté hablando de nosotros en todo Madrid, sabe Dios cómo, por culpa tuya?», reprende don Luis a su nieta en el relato *Desilusión* (*CC* II 167).

«Todo Madrid», como acabamos de leer, o «Madrid entero», siempre con notoria hipérbole, o también «la buena sociedad», son expresiones frecuentes en nuestros cuentos y novelas para referirse a este círculo cerrado en el que se difunden ampliamente las hablillas que despiertan las aventuras amorosas, desavenencias conyugales, infidelidades, reveses de fortuna... «Todo Madrid» conoce los líos del marqués del Vado (*LHDA* 168) o de Pepe Alones (*JV* 338); la relación de Fernando con *la Rubia* (*LH* 213) o la ruina de Agustín (*El deber*, *CC* II 133); a Julián (*Las coronas*, *CC* II 74) o a los de Cantillana (*Las consecuencias*, *CC* II 116):

Por fin supo Sacramento que quien se había apoderado de Patricio era Clara Monfí, una señora casada, harta de aventuras, la cual debía no haber sido puesta en entredicho por la buena sociedad a la circunstancia de estar emparentada con varias familias respetables (*S* 247).

Ante los criados se hablaban con estudiada cortesía, y a algunas de las casas que frecuentaban solían ir juntos por el buen parecer, presentándose con la hipocresía inmoral e inútil que consiste en disimular lo que para nadie es secreto; pues todo Madrid veía en ellos uno de tantos matrimonios en que el marido tiene querida y la mujer vive o parece resignada (*S* 277).

Un círculo en el que resulta imposible penetrar sin someterse al escrutinio estricto de sus miembros:

Al año siguiente vinieron a establecerse en Madrid. Gastando lo que gastan y viviendo como viven, forzosamente habían de tener pronto

muchos amigos; mejor dicho, era natural que se les llenase la casa de esa gente que va donde come bien y pasa agradablemente la noche. Del marido se acordaban muchos que trataron a su padre; a ella nadie la conocía. Como supondrás, la curiosidad que despertó en Madrid fue grande. La cosa no era para menos. Viéndola en paseos, estrenos de teatros, bailes y otras fiestas, siempre rica y primorosamente vestida, todo el mundo se preguntaba: «¿Quién será, de dónde habrá salido esta mujer cuyo origen nadie sabe?» Comenzaron las suposiciones y las habladurías, no siempre piadosas: unos decían que era provinciana de humildísima casa; otros, que madrileña de familia muy pobre; hubo quien echó a volar la noticia de que había sido criada o niñera, y no faltó quien deslizase la especie de que era una aventurerilla que con su lindo palmito y sus zalamerías había hecho perder el juicio al hombre que cometió la insensatez de darle su nombre (*La chica de la caja*, CC II 305-306).

Un círculo que profesa además una estrechísima moral social, condenada sin paliativos por el autor:

Acababa él de llegar del extranjero, venía haciendo alarde de gastar mucho, tirando materialmente el dinero. A mí, por el modo de vestirme, por mi tipo, ¿qué sé yo?, por si me ponía colorines y trajes estrambóticos, me llamaban *la Vistosa* o *la Rubia Vistosa*; me vio, le caí en gracia y comenzó a obsequiarme. Primero quiso que me fuera a vivir con él; luego desistió de ello comprendiendo que en Madrid no puede ser, porque aquí se toleran los líos de casadas, pero no se consiente que vivan juntos un hombre y una mujer libres, que no deshonran ni envilecen a nadie (*La Vistosa*, CC II 343).

Como decíamos, se trata de una sociedad duramente juzgada por Picón ya desde *Lázaro*, su primera novela, de 1882, en que la burla inclemente anticipa en esbozo las que serán años más tarde novelas de sátira antiaristocrática: *Cleopatra Pérez*, (1884) de Ortega Munilla, *La Montálvez* (1888) de Pereda, o *Pequeñeces* (1891) de Luis Coloma. Aquí presenta el autor diversos tipos y costumbres de las clases altas madrileñas a partir de los reunidos en casa de los duques de Algalia. Por ejemplo, los condes de Busdonguillo: «el conde tiró por un lado, la mujer por otro, y hoy viven en la mejor armonía, ella disponiendo *sus martes* y él amueblando casa distinta de moda a una pecadora cada año» (L 75). O la señora de Alzaola,



hija de una nobilísima familia que se vio obligada a casarla con un pollo imberbe, gracias a no se sabe qué cuentos y calumnias, según las cuales la niña tuvo que ausentarse durante un año de la corte para pasarlo en compañía de una tía pobre que vivía en un cortijo de Andalucía. Cuando, transcurridos dos años, el matrimonio volvió a Madrid, trajo en su compañía un precioso niño, que murió poco después de garrotillo mientras su madre estaba en un baile (L 75).

### 2.3. Estudiantes y otros madrileños venidos de fuera

No faltan en la obra de Picón personajes que son ciudadanos de la villa y corte venidos de fuera, llegados de otros lugares de España, casi siempre del medio rural, generalmente jóvenes que aspiran a prosperar, a labrarse un futuro. Son casos, no muchos, que vienen a oponer implícitamente el pueblo a la capital, siendo esta, frente a aquel, el lugar de la formación, de la realización personal, de las oportunidades. Aquí transcurre parte de la vida de Lázaro en la novela del mismo título, y sobre todo la de Juan Vulgar, también en la novela homónima, que nos permitiremos recorrer en este aspecto, pues encierra un doble valor: como paradigma del estudiante madrileño, y como reminiscencia de los recuerdos de la vida de estudiante del propio Picón.

Juan llega a Madrid a cursar Derecho y pronto traba amistad con algunos de sus discípulos, lo que le hacía estarse «un rato antes de clase en la puerta de la calle Ancha charlando con los amigos y requebrando a las muchachas», y luego, al salir, «solía ir con ellos a una pastelería de la calle del Pez, donde por turno se convidaban a bizcochos borrachos; y cuando había dinero para más, solían jugar al billar en la travesía de las Pozas» (JV 191). A primera hora de la noche acudían al café de la Luna, del que acabaron trasladándose al Suizo, más céntrico, huyendo de la patrona de uno de ellos, Paco Recilla, que allí iba tras él lanzándole miradas incendiarias.

Pronto reinó entre todos franca y verdadera intimidad. El prestarse apuntes, hacer novillos en cuadrilla, emparejarse para estudiar, ir al Retiro las mañanas de primavera y al paraíso del Real por las noches fueron cosas que contribuyeron poderosamente a anudar las amistades. En el paraíso del Real, sobre todo, se realizó la estrecha unión del grupo, quizá

debida a la afición que los más de ellos tenían a la música. Paco Recilla y Pepe Villena especialmente no pensaban más que en el Real. El primero llevaba un cuaderno en el cual anotaba las óperas que oía, los cantantes que *debutaban*, las representaciones que lograba cada partitura y hasta las piezas que se repetían [...]. Al cabo de seis meses, no era ya aquel un grupo de amigos, sino una orden sin convento. Salvo el habitar cada uno en su casa, puede decirse que hacían vida común. Por la mañana se veían en clase, o, mejor dicho, en la puerta de la Universidad, porque desde allí se iban de paseo, o a la parada. A la tarde se reunían ante *la bola verde* que había en el escaparate de una antigua botica de la Puerta del Sol, bien para merendar pasteles en el Suizo, bien para repetir los paseos de la mañana o ir a ver cualquier novedad que en Madrid hubiese. Llegada la noche, vuelta al Suizo a tomar café antes de ir al Real, y retorno al mismo sitio después de terminada la ópera. ¡Mil veces a la vez bendita y maldita mesa del Suizo! De las veinticuatro horas del día, los que componían el grupo pasaban de codos en ella lo menos ocho (JV 193-194).

Un día, acabada ya la carrera, Juan Vulgar se acerca al Suizo y sus amigos han marchado. Cuando pregunta al mozo adónde habían ido, este le dará razón: «Pues... unos decían que al Circo de Caballos, porque es *día de moda*; otros, que al Retiro... De cierto no lo sé» (JV 207). Duda si quedarse leyendo los periódicos —en el Suizo disponía de *El Correo*, *La Correspondencia*, *Le Temps* y las *Ilustraciones*—, pero decide ir a buscarlos:

A los dos minutos bajaba por la calle de Alcalá, codeándose con las gentes que, mostrándolo de antemano por el aspecto de sus ropas, unas más elegantes, otras más humildes, iban al Retiro o al Prado. Al llegar frente a la calle del Barquillo acertó el paso, como quien duda, y luego se dijo: «Estarán en el Retiro», y siguió andando (JV 208).

Referencias costumbristas paralelas a las anteriores hallamos en el capítulo VII de *La honrada*, donde se nos narra la historia pasada del joven doctor Pedro de Mora, que había estudiado en los Escolapios de Madrid (LH 84), pero, ya en la carrera,

su delicia consistió en vagar con los compañeros gozando de la libertad, cosa para él nueva y preciosa, yendo al café, al paraíso del Real, a los ruidosos primeros estrenos de Echegaray, a los toros, a cualquier parte donde pudiera convencerse de que era libre, y, sobre todo, alardeando de gran trasnochador para pasar por calavera a los ojos de la patrona (LH 86).

Y luego: «No había para él más mundo que las mesas de disección [...], la puerta de San Carlos, donde entre clase y clase chicoleaba a chulas y modistillas, y la tertulia del café, donde todo se discutía» (*LH* 86). Continúa aún:

[Durante aquellos primeros años setenta] en que la juventud madrileña vivía de mitin en mitin, de motín en motín, iba por las tardes a hacer cola en la puerta del Congreso para oír a Pi y Margall o Castelar, y por las noches leía con ansia los periódicos republicanos, o asistía a un club patriótico, mezquino y miserable, que él con la imaginación ennoblecía y realizaba hasta antojársele que estaba en Lorencini o la Fontana, o en aquellas asambleas de montañeses y girondinos con que tantas veces soñó viéndolas surgir entre líneas de las admirables páginas de Lamartine y Víctor Hugo (*LH* 87).

Muy cercano a los anteriores es el comienzo del relato *Aventura*, donde el narrador rememora sus años de estudiante universitario en la misma época recién aludida:

Éramos siete estudiantes, unidos desde el primer año de la carrera por esa simpatía que la juventud convierte pronto en amistad verdadera. Nos facilitábamos mutuamente los apuntes de clase, nos emparejábamos para repasar determinadas asignaturas en abril y mayo, y a todas partes íbamos juntos, pues los mismos gustos e inclinaciones, a que el tiempo ha dado luego dirección distinta, nos llevaban entonces al paraíso del Real, a los clubs revolucionarios, al Ateneo viejo, a los primeros estrenos de Echegaray, a las tribunas de las Cortes Constituyentes, a los conciertos del Circo de Rivas, y hasta a la parada, donde como músico mayor de un regimiento de artillería, y siendo casi niño, comenzó su gloriosa carrera un compositor que hoy es gloria de España (*CC* II 173).

Reseñaremos finalmente el caso de quienes se trasladaban a Madrid de otros lugares a pretender o a resolver problemas administrativos o burocráticos, que podían alargarse en el tiempo. Viene a ejemplificarlo en la narrativa piconiana don Mateo Balduque, quien luego será el suegro de Juan Vulgar, que llega a la capital para solucionar su jubilación, cosa que hace con cierta rapidez, pero que «había venido a la corte dispuesto a permanecer en ella hasta tres meses» (*JV* 313). Nada menos.

## 2.4. El carácter madrileño

Para Picón hay un carácter específicamente madrileño, o rasgos de carácter propios de muchos madrileños, como comprobamos cumplidamente en sus cuentos y novelas, que contienen decenas de referencias sobre el particular.

Digamos también que estos rasgos aparecen aplicados más a las mujeres que a los hombres, a las madrileñas que a los madrileños, lo que se explica bien desde el interés del autor por los personajes femeninos, por su profeminismo, que le hace, en general, perfilar mucho más las figuras femeninas que las masculinas.

El madrileñismo caracterológico reside sobre todo en la picardía, viveza, gracia, ingenio, desparpajo e inteligencia<sup>5</sup>. En este sentido resulta significativo que *picaresco/a* (propiamente con el valor de *pícaro/a*, ‘astuto, ingenioso’) sea el calificativo que más encontramos en los apuntes y retratos de los madrileños y madrileñas. Así lo comprobamos en «la picaresca gracia madrileña» que en su juventud había tenido Pascuala (LHDA 288); el «tipo madrileño inteligente y picaresco» que resulta ser la mujer de un albañil que aparece puntualmente en *La hijastra del amor* (LHDA 363); y, entre otros —Manolita, de *El agua turbia* (CC I 390); Clarisa, de *La dama de las tormentas* (CC II 309)—, una muchacha que observa Juan Vulgar:

Su fisonomía picaresca y toda su figura tenían, contrastando con las galas que ostentaba, los rasgos propios de las hijas de nuestro pueblo bajo, en quienes la gracia absorbe los demás encantos, y sus gestos burlones, sus miradas maliciosas, bastaban para adivinar en ella a la madrileña neta que, aun extranjerizada por la educación y las modas, conserva castizo y puro un tipo nacional. Parecía un modelo de Goya vestido por una costurera de París (JV 216).

O Cristeta, de *Dulce y sabrosa*:

---

(5) Confróntese con Ramón de Mesonero Romanos, *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*. Nueva edición. Madrid, Imp. de D. Antonio Yenes, 1844, pp. 111-114. Disponible en [http://books.google.es/books?id=QoOu7bFgZ8YC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](http://books.google.es/books?id=QoOu7bFgZ8YC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false) (consultado a lo largo de enero y febrero de 2015).

Cristeta se estrenó (*debutó*, dijeron los periódicos) en un papel de chula, y lo hizo con mucha gracia y desparpajo, luciendo un mantón gris de ocho puntas, que por la mañana costó setenta reales en la calle de Toledo, vestido de lanilla oscura con dibujitos claros, y a la cabeza un vistoso pañuelo de seda, a listas azules y amarillas, entre cuyos pliegues aparecía su bonitísima cara de madrileña picaresca (*DS* 98).

Picardía aparte, la gracia, ingenio, viveza y desparpajo aparecen también en no pocas notas descriptivas de personajes —además de, claro está, en las conductas efectivas de otros muchos, en las que no nos detendremos— como Pilar, la mujer de Juan Vulgar, que, en los pensamientos del protagonista, «parece algo parada; le falta esa viveza, ese desparpajo propio de las madrileñas; pero ya se irá espabilando...» (*JV* 319). O Fernando, de *La honrada*, que «era alto, guapo mozo, medianamente robusto y moreno, llevaba la barba apuntada y el pelo muy corto; hablaba bien, y no le faltaba el ingenio y la gracia propios de casi todos los madrileños» (*LH* 44). También Leocadia, de *El enemigo*, calificada en una ocasión de «madrileña vivaracha» (*EE* 46), y antes, en su retrato a dos luces:

Era el tipo de la muchacha madrileña, lista, vivaracha, de pocas carnes, bien proporcionada, esbelta, de andar firme, cabeza pequeña y talle airoso. Tenía las facciones delicadas, de un moreno algo pálido y sin rasgo de notable hermosura; pero en su semblante campeaba con tal imperio la gracia, que, mirándola, nadie echaba de menos la belleza. [...] Era un tipo esencialmente madrileño, masa que el tiempo y la fortuna modelan a su antojo con las suaves líneas de la dama o con los rasgos graciosamente duros de la chula. Hasta la voz indicaba en ella este dualismo: unas veces su timbre hería desagradablemente el oído, otras lo halagaba con singular dulzura (*EE* 7-8).

Igual que su hermano: «Pepe era en varón lo que su hermana Leocadia en mujer: un madrileño de pura raza, pálido, de mirada inteligente, mediana estatura, palabra fácil y movimientos rápidos» (*EE* 17). O, con más detalle, *Rosa la del Río*, del relato de igual título:

En la margen derecha del Manzanares, cerca de la pradera del Corregidor, está el merendero de Rosa Gato, conocida en todo Madrid por *Rosa la del río*, sin duda para distinguirla de las Rosas de otros

barrios, aunque puede asegurarse que desde Maravillas hasta las Peñuelas no hay otra con tanta gracia, tanta bondad ni tanto ingenio. De que es graciosa atestiguan los hombres que al verla no pueden menos de pararse admirados dejándola pasar; que es buena lo proclaman los vecinos pobres a quienes nunca niega merienda para el chico o caldo para la parida; y de su ingenio es prueba, aunque mezquina, lo que aquí fielmente se narra. Y no aparecen esas cualidades afeadas en ella por el excesivo desenfado o insolente descoco de que alardean muchas de su especie; antes al contrario, aunque no presume de señorita, es modosa y bien hablada, sin que la falte por ello, en caso necesario, el desparpajo propio de toda madrileña, así nazca entre rica holanda o la fajen con bayeta amarilla (CC II 315).

No tan favorable resulta la visión de las señoritas madrileñas, «pazguatas y tontinas» según un personaje de *La honrada* (LH 207), que responden a un «tipo frívolo y vulgar» (LH 91), y a veces algo rudo: «Plácida suspiró tristemente, y con un ademán no muy fino, pero sí muy propio de madrileña, se posó las manos en la curva de su abultado regazo [de embarazada]» (LH 236). Pero sobre todo achuladas o achulapadas, como hemos visto ya de paso, y como son Luisa y Pepita, de *Moral al uso*, calificadas de «tipos muy caracterizados de señoritas madrileñas, finamente achuladas» (CC II 145); o Titina, la novia de Enrique, de *Contigo pan y... pesetas*:

Enrique era un buen mozo, muy listo, dado caso que quien se enamora siga siéndolo, y Titina una mujercita encantadora, no hermosa ni bella en la acepción escultural de la palabra, sino bonitísima, fina, elegante, una figurita de Sajonia vestida a la moderna. Mas lo que principalmente cautivaba a Enrique era su ingenio travieso y cierta gracia algo achulada que nunca pierde la señorita madrileña por muchos brillantes y encajes que lleve encima (CC I 399).

*Arriscado* o *arriscada* es igualmente un adjetivo que emplea el autor alguna vez para referirse al madrileñismo del personaje. Así, María Volandas recurre, para hablarse con Juan, a un «atrevidísimo recurso de arriscada niña madrileña» (JV 240). Por su parte, *Pateta* reacciona a las malas pasadas que, por celos, le gastan los demás aprendices de la imprenta: «Entonces apareció el *gatera* madrileño, valiente, arriscado, dicharachero y dispuesto a darse de cachetes con el más bravo o engañar al mismo nuncio. Con unos cuantos pescozones oportunos se hizo respetable» (EE 118).

La gentileza, a la par que la vanidad, son otros atributos de los madrileños, o quizá de las madrileñas, como leemos a propósito de Plácida: «en echando a andar imprimía a sus movimientos encanto indescriptible, mezcla del garbo de la andaluza y la gentileza de la madrileña» (*LH* 11); y de Leocadia, quien se resiste a que su hermano sea un simple obrero: «No lo podía evitar; tenía esa vanidad madrileña que pretende cubrir con perifollos de seda la falta de ropa blanca y que prefiere el adorno de la sala al cuidado de la alcoba» (*EE* 53-54). También la facilidad para la música, como observamos cuando a Luisa, la querida de Fernando, se le antoja aprender a tocar el piano: «Como es frecuente entre las chicas del pueblo bajo madrileño, de donde procedía, tenía muy buen oído y excelente memoria musical» (*LH* 254).

Y la inclinación a murmurar, como ya vimos, ahora en palabras de Consuelo, de *Sacramento*: «Harto sabemos lo que es la vida de Madrid, donde las gentes están siempre ansiosas de hablar mal de alguien» (*S* 102). O, en una larga descripción costumbrista del teatro, en *La honrada*, que nos sirve además para recapitular parte de lo expuesto en este apartado y hasta para agregar algún último matiz:

Cada palco es un centro de murmuración, y cada familia tiene un mote puesto con esa gracia madrileña, quevedesca y mordaz que levanta roncha en el decoro y pone sombra de duda en el honor. [...] Aquella sala con sus virtudes y sus vicios es reflejo de Madrid entero: allí están su hermosura, su vanidad, su oro, su amor a lo extranjero y su desprecio de lo nacional» (*LH* 178-179).

Llegamos al final de nuestro recorrido. Hemos examinado la producción narrativa de Jacinto Octavio Picón en tres aspectos principales: Madrid, la realidad madrileña y los personajes madrileños. Y hemos comprobado que se trata de tres aspectos de importancia, hasta el punto de que amputaríamos gravemente la obra del autor si prescindieramos de su consideración.

En todo caso, nada nos complacería más que haber contribuido con estas páginas a despertar el interés por Jacinto Octavio Picón y su obra. Sepa el lector que hay ediciones modernas de sus cuentos y de dos de sus novelas, que las restantes no son difíciles de encontrar en bibliotecas públicas españolas, y —quizá esto sea lo más importante— que todas las novelas y no pocos de los volúmenes de sus cuentos publicados en vida del autor están



actualmente digitalizados, ya sea en la Biblioteca Digital Hispánica (<http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>), ya en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://www.cervantesvirtual.com/>), ya sobre todo en *Internet Archive* (<https://archive.org/details/texts>), como precisaremos a continuación. Acérquense a ellos los madrileños de hoy y juzguen por sí mismos si Jacinto Octavio Picón no merece el recuerdo que la posteridad hasta hoy le ha regateado.

### 3. BIBLIOGRAFÍA SELECTA<sup>6</sup>

#### 3.1. Ediciones

##### 3.1.1. *Novelas*

*Lázaro. Casi novela*, Madrid, Fernando Fe, 1882.

(<https://archive.org/stream/lazaro00picgoog#page/n10/mode/2up>).

*La hijastra del amor*, Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1884.

—, Madrid, Renacimiento, 1921, 2 vols. (*Obras completas*, VII y VIII).

(<https://archive.org/stream/obrascompletas07pic#page/n5/mode/2up>).

(<https://archive.org/stream/obrascompletas08pic#page/n5/mode/2up>).

—, ed. de Noël VALIS, Barcelona, PPU, 1990.

*Juan Vulgar*, Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1885, pp. 1-175.

—, Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1885, 2.<sup>a</sup> ed., pp. 1-175.

(<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000094383&page=1>).

—, *Lázaro. Juan Vulgar*, Madrid, Renacimiento, 1918, pp. 175-352 (*Obras completas*, VI).

(<https://archive.org/stream/obrascompletas00picn#page/n5/mode/2up>).

*El enemigo*, Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1887.

(<https://archive.org/stream/elenemigo00pic#page/n5/mode/2up>).

*La honrada*, Barcelona, Imp. de Henrich y Compañía, 1890.

(<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000085999&page=1>)

—, Madrid, Renacimiento, 1916, 3.<sup>a</sup> ed. (*Obras completas*, II).

(<https://archive.org/stream/obrascompletas02picn#page/4/mode/2up>).

*Dulce y sabrosa*, Madrid, La España Editorial, s.a. [1891].

(<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000094295&page=1>).

---

(6) Damos a continuación las primeras ediciones de cada uno de los volúmenes de novelas y de cuentos, así como las que se encuentran digitalizadas, que ofrecemos en orden cronológico. Consignamos también las ediciones modernas de unas y otros. En el apartado de estudios seguimos el orden alfabético.

- , Madrid-Buenos Aires, Renacimiento, 1915, 3.<sup>a</sup> ed. (*Obras completas*, I).  
<https://archive.org/stream/obrascompletas01picn#page/n7/mode/2up>.  
 —, ed. de Gonzalo SOBEJANO, Madrid, Cátedra, 1976.  
*Juanita Tenorio*, Madrid, Victoriano Suárez, 1910 (*Obras completas*, III).  
<https://archive.org/stream/obrascompletas03picn#page/n7/mode/2up>.  
*Sacramento*, Madrid, Madrid, V. Prieto y Compañía, 1914 (*Obras completas*, V).  
<https://archive.org/stream/obrascompletas05picn#page/4/mode/2up>.

### 3.1.2. Cuentos

- Juan Vulgar*, Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1885, pp. 177-316.  
 —, Madrid, Est. Tip. de El Correo, 1885, 2.<sup>a</sup> ed., pp. 177-316.  
<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000094383&page=1>.  
*Novelitas*, Madrid, La España Editorial, 1892.  
 —, Madrid, Renacimiento, s.a. [1928] (*Obras completas*, XIII).  
<https://archive.org/stream/obrascompletas13picn#page/n9/mode/2up>.  
*Cuentos de mi tiempo*, Madrid, Imp. de Fortanet, 1895.  
<https://archive.org/stream/cuentosdemitiem00picgoog#page/n7/mode/2up>.  
*Tres mujeres. La recompensa. Prueba de un alma. Amores románticos*,  
 Madrid, Fernando Fe, 1896.  
<https://archive.org/details/tresmujereslarec29663gut>.  
*Cuentos*, Madrid, B. Rodríguez Serra, 1900.  
*La Vistosa*, Madrid, Madrid, Miguel Poveda, 1901.  
<https://archive.org/stream/lavistosa00picgoog#page/n4/mode/2up>.  
*Drama de familia*, Valencia, F. Sempere y C.<sup>a</sup>, s.a. [1903].  
*La prudente y otros cuentos*, ed. de William Thomas FAULKNER, Boston,  
 C.A. Koeler & Co., 1905.  
<https://archive.org/stream/laprudenteyotro00picgoog#page/n6/mode/2up>.  
*El último amor*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1910.  
*Mujeres*, Madrid, V. Prieto y Compañía, 1911 (*Obras completas*, IV).  
<https://archive.org/stream/obrascompletas04picn#page/n5/mode/2up>.  
*Doña Georgia*, Buenos Aires, Imp. de la Nación, 1914.  
*Los triunfos del dolor*, Buenos Aires, Imp. de la Nación, 1915.  
*Desencanto*, Madrid, Renacimiento, s.a. [1925] (*Obras completas*, XI).  
<https://archive.org/stream/obrascompletas11pic#page/4/mode/2up>.  
*Cuentos completos*, ed. crítica de Esteban GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO,  
 Madrid, Fundación Universitaria Española, 2008, 2 vols.  
*Después de la batalla y otros cuentos*, ed. de Esteban GUTIÉRREZ DÍAZ-  
 BERNARDO, Madrid, Cátedra, 2011.

### 3.2. Estudios

- ANAYA, Cristina, *Honor y heroísmo en la novela de Jacinto Octavio Picón*. Tesis doctoral [1993]. Ann Arbor, UMI, 1996.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1949.
- BARRERO PÉREZ, Óscar, «*Dulce y sabrosa*, de Jacinto Octavio Picón: la vía esteticista hacia la novela galante», *Cauce* (Sevilla), 16 (1993), pp. 177-191.
- , «Centenario de la publicación de *Dulce y sabrosa*, de Jacinto Octavio Picón: ¿novela antinaturalista?», *Salina* (Tarragona), 7 (Diciembre 1993), pp. 59-62.  
(<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02581830190236262975635/219199.pdf?incr=1>).
- BLY, Peter A., «Cómo pintar en la novela la verdad del estío madrileño, según Picón y Galdós», *Rumbos* (Neuchâtel), 13/14 (1995), pp. 61-74.
- BONET, Laureano, «El naturalismo en España: un texto olvidado de Jacinto Octavio Picón», en SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo (coord.) y CRISTINA CARBONELL, Marta (ed.), *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*, II, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1989, pp. 73-88.
- BRETÓN, Concha, *Jacinto Octavio Picón, novelista*. Tesis doctoral. Madrid, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, 1951.
- CLÉMESSY, Nelly, «*Lázaro*. La primera novela de Jacinto Octavio Picón», *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), CVII, 319 (Enero 1977), pp. 37-48.
- , «Roman et féminisme au XIX<sup>ème</sup> siècle. Le thème de la mal mariée chez Jacinto Octavio Picón», *Hommage des hispanistes français à Noël Salomon*, Barcelona, Laia, 1979, pp. 185-198.
- DARÍO, Rubén, «Jacinto Octavio Picón», *España contemporánea*, París, Garnier, 1901, pp. 346-355.
- EZAMA GIL, Ángeles, *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad, 1992.
- , «El profeminismo en los cuentos de Picón», en BLESÁ, Túa, y otros (eds.), *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, I, Zaragoza, Universidad de Zaragoza-Banco Zaragozano, 1994, pp. 171-178.  
(<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=32382>).

- GOLD, Hazel, *Jacinto Octavio Picón: el liberalismo y la novela del siglo XIX*. Tesis doctoral [1980]. Ann Arbor, UMI, 1986.
- , «“Ni soltera, ni viuda, ni casada”: negación y exclusión en las novelas femeninas de Jacinto Octavio Picón», *Ideologies & Literature* (Minneapolis), IV, 17 (September-October 1983), pp. 63-77.
- GOMIS IZQUIERDO, Vicente, «Érase una vez *Elvira/Nicolasa*: la estructura de los cuentos de hadas y la representación de la mujer en un cuento de Jacinto Octavio Picón», *Siglo diecinueve (Literatura hispánica)* (Valladolid), 18 (2012), pp. 65-83.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín, «Apuntes biográficos de don Jacinto Octavio Picón», en PICÓN, Jacinto Octavio, *Vida y obras de don Diego Velázquez*, Madrid, Renacimiento, 1925, pp. VII-XLIV.
- GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, Esteban, «Jacinto Octavio Picón: esteticismo y moral», *El cuento español del siglo XIX*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2003, pp. 207-226.
- , «Clarín y Picón: del desencuentro a la amistad», *Revista de Literatura* (Madrid), LXVII, 134 (Julio-Diciembre 2005), pp. 441-462.
- , *Edición crítica y estudio de los Cuentos completos de Jacinto Octavio Picón (1852-1923)*. Tesis doctoral. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2007, 2 vols.
- , «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra (I). Apuntes biográficos, retratos y relaciones personales», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* (Madrid), 34 (2009), pp. 243-329.
- , «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra (II). Estética e ideología: la obra crítica», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* (Madrid), 35 (2010), pp. 15-81.
- , «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra (III). Las novelas», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* (Madrid), 37 (2012), pp. 141-261.
- , «Sometidos, marginados, discriminados, exiliados... Perfiles de la exclusión social en la narrativa de Jacinto Octavio Picón». En GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel, y GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Borja (eds.), *Individuo y sociedad en la literatura del XIX*, Santander, Tremontorio Ediciones, 2012, pp. 321-338.
- , «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra (IV). Los cuentos», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* (Madrid), 39 (2014), pp. 13-115.

- , «Los cuentos de Jacinto Octavio Picón en el contexto de su obra (V). Los cuentos: la historia», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica* (Madrid), 40 (2015), pp. 133-261.
- GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel, «La honrada de Jacinto Octavio Picón: ¿la estética al servicio de la ética?», en SOTELO, Marisa, y otros (eds.), *Estéticas y estilos en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2014, pp. 179-197.
- HENEGHAN, Dorota, *Fashion, Gender, and Modernity in Galdós, Pardo Bazán, and Picón*. Tesis doctoral [2008]. Ann Arbor, UMI, 2009.
- LANDRY, Travis, «The Moral Sense of Suitors and Selectors in Jacinto Octavio Picón», *Ometeca* (Saint Petersburg), XII (2008), pp. 137-151.
- LATORRE, Yolanda, «El espíritu como búsqueda en los cuentos de J.O. Picón», en PONT, Jaume (ed.), *El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados*, Lleida, Universitat, 2001, pp. 157-170.
- MACKAYA, Aymar, *La obra periodística de Jacinto Octavio Picón (1852-1923) en la España de la Restauración*. Tesis doctoral. Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 2009.
- MANDRELL, James, «Forbidden Fruit and the Lesson of Picón's *Dulce y sabrosa*», *Letras Peninsulares* (Davidson), III, 3 (Fall-Winter 1990), pp. 371-387.
- , «The Psychology of Forbidden Fruit in *Dulce y sabrosa*», *Don Juan and the Point of Honor. Seduction, Patriarchal Society, and Literay Tradition*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1992, pp. 170-193.
- MIRALLES, Enrique, «La narrativa naturalista: Picón, Coloma y Ortega y Munilla», en GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor (dir.) y ROMERO TOBAR, Leonardo (coord.), *Historia de la literatura española, 9. Siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pp. 739-751.
- MIRÓ, Emilio, «*Juanita Tenorio* (1910), de Jacinto Octavio Picón, o el 'anhelo de ser querida'», en PÉREZ-BUSTAMANTE, Ana Sofía (ed.), *Don Juan Tenorio y la España del siglo XX. Literatura y cine*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 405-429.
- ORTIZ PICÓN, Juan Manuel, *Una vida y su entorno (1903-1978). Memorias de un médico con vocación de biólogo*, Granada, Edición del Autor, 1979. Reed. en Madrid, CSIC, 1993.
- OWEN, Janie Maurine, *The Life and Fiction of Jacinto Octavio Picón*. Tesis doctoral. Austin, University of Texas, 1940.

- PESEUX-RICHARD, Henri, «Un romancier espagnol: Jacinto Octavio Picón», *Revue Hispanique* (Burdeos), XXX (1914), pp. 516-585.
- RIPOLL SINTES, Blanca, «Jacinto Octavio Picón, crítico de arte», en SOTELO, Marisa, y otros (eds.), *Estéticas y estilos en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2014, pp. 385-393.
- ROMERA SÁNCHEZ, María Soledad, *La obra de Jacinto Octavio Picón en el marco de la novela decimonónica. Análisis narratológico*. Tesis doctoral. Sevilla, Universidad, 1997.
- ROSA, William, *Estudio temático y formal de los cuentos de Jacinto Octavio Picón*. Tesis doctoral. Ann Arbor, The Ohio State University, 1984.
- RUBIO CREMADES, Enrique, «La narrativa naturalista de Jacinto Octavio Picón, Luis Coloma y José Ortega Munilla», *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 561-588.
- VALDÉS SÁNCHEZ, Ivón, «La mujer moderna en la olvidada narrativa de un autor decimonónico profeminista: Jacinto Octavio Picón», *Dicenda* (Madrid), 20 (2002), pp. 343-353.
- VALIS, Noël M., «Jacinto Octavio Picón's *Juan Vulgar*: An Anticipation of the Generation of 1898», *Anales Galdosianos* (Las Palmas de Gran Canaria), XVI (1981), pp. 69-77.  
(<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=17916&portal=0>).
- , *The Novels of Jacinto Octavio Picón*, Lewisburg, Bucknell University Press, 1986. Versión española: *Jacinto Octavio Picón, novelista*, Barcelona, Anthropos, 1991.
- , *Reading the Nineteenth-Century Spanish Novel: Selected Essays*, Newark, Juan de la Cuesta, 2005.
- YÁÑEZ, María Paz, «El intertexto romántico en las novelas de Jacinto Octavio Picón», en BEHEILS, Lieve, y STEENMEIJER, Maarten (dir.), *Asimilaciones y rechazos: presencias del romanticismo en el realismo español del siglo XIX*, Ámsterdam-Atlanta, Rodopi, 1999, pp. 39-47.
- ZORITA, C. Ángel, «Lázaro y sus parientes literarios», *Romance Quarterly* (Filadelfia), XXXV (1988), pp. 289-298.